

Small, light-colored rectangular label or sticker, possibly containing text or a barcode, located near the bottom left corner of the cover.

MIGUEL PRATS, EDITOR.—CALLE DEL AVE MARIA NÚM. 7, CTO. 2.º

DOÑA SANCIA DE NAVARRA.

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

DE

DON MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ.

Edición ilustrada con láminas sueltas.

En casa del editor, se avisarán los cambios de domicilio y se harán los pedidos y reclamaciones.
PROVINCIA. Calle de

núm.

cuarto

ENTREGA

MADRID.—1824

OBRAS CONCLUIDAS

à las cuales se abre de nuevo la subscripción.



Contra el Pastado ó el Pastor de las Nubes, original de don Francisco José Orellana. — Consta de 23 entregas à real cada una.
Mariana de Austria, novela histórica original de D. Juan de Dios de Mora. — Consta de 40 entregas con láminas litografiadas, al módico precio de un real entrega.
La Cabeza del Rey D. Pedro, tradición histórica, original de D. Manuel Fernández y González. — Consta de 24 entregas con láminas à real cada una.

OBRAS CONCLUIDAS

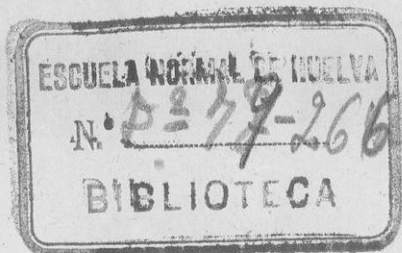
á las cuales se abre de nuevo la suscripcion.

•••••

Gontran el Bastardo ó el Pastor de las Navas, original de don Francisco José Orellana. — Consta de 23 entregas á real cada una.

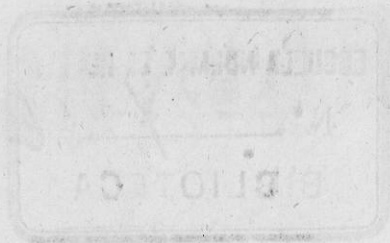
Mariana de Austria, novela histórica original de D. Juan de Dios de Mora. — Consta de 40 entregas con láminas litografiadas, al módico precio de un real entrega.

La Cabeza del Rey D. Pedro, tradicion histórica, original de D. Manuel Fernandez y Gonzalez. — Consta de 24 entregas con láminas á real cada una.



**DE LA INSTRUCCION PUBLICA
EN ESPAÑA.**





DE LA INSTRUCCION PUBLICA
EN ESPAÑA.



DE LA

INSTRUCCION PÚBLICA

EN ESPAÑA.

POR

D. ANTONIO GIL DE ZÁRATE,

Director general que ha sido de este ramo.

◀ **TOMO I.** ▶



MADRID.

IMPRENTA DEL COLEGIO DE SORDO-MUDOS, CALLE DEL TURCO.

—
1855.

DE LA

INSTRUCCION PUBLICA

EN ESPAÑA.

1877

Esta obra es propiedad de su autor , quien perseguirá
ante la ley al que la reimprima.

Director general de este ramo.



MADRID

IMPRESA DEL COLEGIO DE SORDO-MUDOS, CALLE DEL TERCO.

1877

PRÓLOGO.

SUPÉRFLUO parece, aun al frente de una obra sobre Instrucción pública, encarecer la importancia de este ramo de la administracion. Para las gentes que saben apreciar sus beneficios, es sin duda el primero de todos, por la inmensa influencia que ejerce, no solamente en los destinos individuales del hombre, sino todavía más en la suerte general de los Estados. Sin buena enseñanza el comercio decae, las artes no existen, la agricultura es mera rutina, y nada prospera de cuanto contribuye al bienestar de la patria. En vano se forman proyectos, se promueven empresas, se habla de obras públicas, de ejércitos, de escuadras; nada se hace que no sea raquítico, miserable; y los recursos, así del gobierno como de los particulares, se agotan en esfuerzos estériles que solo patentizan la impotencia de una sociedad cuyos miembros se hallan paralizados por la

ignorancia. Todo, por el contrario, prospera en las naciones donde las ciencias se cultivan con esmero, donde abundan los hombres idóneos, y donde nada es imposible al cálculo ni al bien dirigido trabajo del ciudadano inteligente. En otras épocas habrá podido la barbarie triunfar de la civilización: hoy la victoria obedece á la ciencia, y los pueblos más ilustrados son también los más poderosos.

Desgraciadamente estas verdades, aunque triviales, se ocultan á muchos todavía en España; y la Instrucción pública no inspira á la generalidad de sus habitantes todo el interés que tan vital asunto reclama. Hay en unos indiferencia, en otros ideas contrarias á sus verdaderos progresos: existen hábitos de desaplicación difíciles de vencer; sobrada confianza en el natural ingenio, y poca fé en el estudio; mucha facilidad de que prevalezcan las medianías, y hartas envidias contra los que por cualquier concepto sobresalen. La losa que echó sobre nosotros la Inquisición fue tan pesada, que no hemos podido aún quitárnosla enteramente de encima: el Santo Oficio, desterrado de nuestras instituciones, no ha dejado de ejercer su maligna influencia en las costumbres; y el pensamiento lanzado por él en perniciosas vías, se resiste á entrar por las que conducen á las alturas de la civilización moderna.

Por eso, mientras la Instrucción pública merece á los gobiernos tan singular predilección;

mientras no hay uno en Europa que no la dote generosamente, persuadido de que cuanto se gaste en ella es ganancia; aún se encuentra entre nosotros quien no se avergüenza de escatimarle hasta lo más preciso, á pretexto de una mal entendida economía, mirando de reojo cuanto se ha hecho en estos últimos tiempos para engrandecerla, clamando por la supresion de los más útiles establecimientos solo porque son modernos, y hasta emitiendo la peregrina idea de que la enseñanza ha de bastarse á sí propia, sin que el Estado contribuya en nada á su sostenimiento.

Verdad es, que desde tiempo inmemorial el Gobierno español estaba acostumbrado á no hacer nada en favor suyo, dejándola entregada á sus propios recursos. Estos en algunas épocas fueron de bastante cuantía; mas por su mala administracion, por la incuria de los que gobernaban los establecimientos, por las guerras y revoluciones, han llegado á desaparecer casi completamente; siendo ya preciso acudir á otros medios para sostener las escuelas, y teniendo al fin los presupuestos del Estado que sufragar lo que en otro tiempo no reconocia más proteccion que la munificencia de generosos fundadores.

Que á resultas de esta carencia de recursos, de la persecucion que sufrió entre nosotros el pensamiento, de los errados sistemas, de la estéril independenciam que vivieron nuestras universi-

dades, habian éstas llegado á una situacion lastimosa, es una verdad que nadie desconoce á no estar extrañamente preocupado. Desde principios del siglo anterior, todos los hombres de alguna ilustracion clamaban contra tan vergonzoso estado, pidiendo á voces la reforma, y preparándola con luminosos escritos. Los gobiernos mismos que se han sucedido al través de tantas guerras y trastornos, reconociendo aquella verdad, no han podido ménos de poner mano á la obra, y dar principio á lo que estaba en los deseos de la más sana parte de la nacion; y á ninguno le incumbia tanto el llevarla á cabo, como al que, producto de las revoluciones, estaba llamado á cimentar la nueva sociedad española sobre doctrinas diametralmente opuestas á las que habian causado nuestra decadencia. La reorganizacion de la enseñanza tenia que ser completa, como lo habia sido la reorganizacion política.

Pero toda reforma grande y fundamental tiene indispensablemente enemigos que se reunen para desacreditarla, aprovechándose de la inseguridad que llevan consigo las instituciones nacientes, y de las contrariedades que, por malos hábitos ó intereses lastimados, experimentan aquellos á quienes alcanzan. Los nuevos planes han sido, pues, objeto de apasionados ataques; y la opinion pública poco ilustrada en este punto, ménos conocedora aún de lo hecho y de lo conseguido, no hace tal vez justicia á los esfuerzos

de cuantos han tenido que intervenir en la direccion de los estudios. Era, por lo tanto, necesario emprender una justificacion que, contestando cumplidamente á inculpaciones inmerecidas, consignase las muchas mejoras que se ha logrado realizar, expusiera las buenas doctrinas, y rebatiese las que por demasiado arraigadas estan causando inmenso daño á los progresos intelectuales de la nacion española. Tal es el objeto de la presente obra: encargado yo durante muchos años de los negocios de Instruccion pública, habiendo tenido suma participacion en todas las reformas que este ramo ha experimentado, he creido que estaba en la obligacion de emprender tan espionosa tarea.

Mas al hablar de estas reformas, conocí desde luego que era imposible apreciarlas en su justo valor, sin tener á la vista el cuadro de lo que habia sido la enseñanza anteriormente entre nosotros; y esta necesidad me condujo á introducir en mi relato varias noticias históricas indispensables para el objeto que me proponia. Teniendo ademas en mi poder bastante copia de datos, me era fácil hacerlo hasta cierto punto; y animábase tambien á ello la consideracion de que solo así lograria dar algun interés á un trabajo de suyo árido y desabrido. La discusion de los métodos y de las doctrinas me hace incurrir con harta frecuencia en prolijidades cansadas; y para alcanzar perdon por la monotonía y pesadez del

asunto, era preciso excitar algún tanto la curiosidad con el recuerdo de cosas que se hallan hoy casi enteramente olvidadas.

No se crea, sin embargo, que voy á presentar una historia completa de la Instrucción pública en España. A tener ese intento, otro hubiera sido mi plan, otras mis investigaciones, otro el tiempo empleado en la redacción de la obra, otro el título que le pusiera. La parte histórica no es en ella más que un accesorio: ni la conveniencia de publicarla cuanto antes, ni mis habituales ocupaciones me permitían hacer otra cosa. Aun así, no habiendo tenido hasta hace pocos meses á mi disposición sino cortísimos momentos de ócio, han transcurrido tres años desde que la empecé. Debo, por lo tanto, hacer una advertencia; y es, que habiéndome propuesto, por razones personales, terminarla en la época en que dejé de ser director, á esa época se refiere todo lo que digo, y ha de considerarse el libro como escrito á principios de 1852. Si alguna vez aludo á mudanzas posteriores, lo prevendré en el texto ó lo indicaré por nota. El que quiera enterarse de lo ocurrido en Instrucción pública desde aquel año, puede leer el excelente opúsculo, tan bien pensado como elegantemente escrito, que ha publicado mi amigo y compañero en la Dirección D. José de la Revilla (1).

(1) Breve reseña del estado presente de la Instrucción pública en España, con relación especial á los estudios de filosofía (1854).

El plan que me he propuesto es en extremo claro y sencillo. Despues de dar una breve idea de lo que ha sido la Instruccion pública en España hasta el reinado de Cárlos III, y de las causas de su prosperidad ó decadencia, paso á referir los diferentes planes de estudios que se han publicado desde el año de 1771, analizándolos con más ó ménos extension, segun su importancia ó la influencia que han tenido. Hablo en seguida separadamente de cada una de las partes que constituyen la enseñanza, empezando por la primaria, que ha sido objeto de especiales cuidados, y que sola ella merece una seccion entera. La secundaria y superior constituyen tambien secciones distintas, dividiéndose la última en dos que contienen; la primera, la historia, organizacion y gobierno de las universidades; la segunda, los estudios de facultad. La sexta seccion está dedicada á las escuelas y establecimientos especiales que dependian de mi Direccion.

Para obtener los datos y noticias que me faltaban, he debido molestar á muchas personas, como oficiales de secretaría, gefes de establecimientos, archiveros, etc. En todas he encontrado la más cordial y activa cooperacion, y á todas les doy aquí las más expresivas gracias; como igualmente á varios profesores y sugetos instruidos á cuyo exámen he sometido los capítulos relativos á las diferentes ciencias y facultades, y cuyas observaciones me han sido extremadamente útiles por mis

escasos conocimientos en la mayor parte de ellas.

Faltaria tambien á un deber de gratitud, si no hiciera lo mismo con los señores D. Joaquin Aguirre y D. Juan Manuel Montalban, ministro aquel y director el segundo en la actualidad de Instruccion pública, por la proteccion que han concedido á esta obra, obteniendo una Real órden para que se me anticipen los fondos que exige su impresion, pues de otra suerte me hubiera sido imposible darla á luz. Esta y otras pruebas de aprecio que recibo cada dia de todos los profesores, me inspiran la presuncion de que no he merecido mal de los encargados de la enseñaanza, y son la mayor recompensa de mis trabajos.

Por último, creo conveniente advertir que toda la obra, excepto la sexta seccion, estaba ya concluida en Julio del año anterior, y que la publico tal como entónces se hallaba escrita, sin hacer en ella variacion alguna. En nada, pues, ha podido influir sobre su contenido la actual revolucion; y las ideas que emito, sean las que fueren, califiqueselas como se quiera, son las que profesaba en aquella época y las que conservo ahora, sin que haya encontrado motivo alguno para variarlas en los recientes acontecimientos.

DE LA INSTRUCCION PUBLICA

EN ESPAÑA.

SECCION PRIMERA.

De la enseñanza en general y de los planes de estudios.



CAPITULO I.

ORIGEN DE NUESTRAS ESCUELAS: SU ESPLENDOR Y DECADENCIA.

Los tiempos que inmediatamente siguieron á la conquista de España por los árabes, no hubieron de ser en manera alguna favorables al estudio ni al cultivo de las ciencias. Las escuelas que durante la monarquía goda habian existido, restos las unas de las establecidas por los romanos, creadas las otras por el clero, desaparecieron casi todas en aquella gran catástrofe; y las pocas que para la educacion de los fieles quedaron en el territorio ocupado por los moros, y consentidas por éstos, perdieron toda importancia al lado de las mas célebres que erigió la ilustracion de los dominadores. En cuanto á los cristianos libres, reducidos á las asperezas de Covadonga, ocupados primero en defenderse contra el poder formidable de sus enemigos, y luego en recuperar palmo á palmo la tierra de sus mayores, solo el ejer-

cicio de las armas era entonces entre ellos de sazón, no quedándoles lugar para las pacíficas tareas del entendimiento. Guerreros y no estudiantes se necesitaban en tan tremenda crisis: todos eran soldados; y hasta los ministros del altar, á quienes mas particularmente incumbia el conservar la moribunda antorcha del saber, tenian que abandonar la pluma por la espada, y lanzarse á los combates en defensa de su Dios y de su patria.

Era además la época en que por toda Europa se eclipsaban los últimos restos de la civilizacion antigua. En vano Carlo-Magno procuró detener la decadencia dando nuevo impulso á los estudios: ocupado á su muerte el Occidente en la larga elaboracion del feudalismo, triste fin que tuvo su dilatado imperio, se completó la barbarie á que habian dado principio las invasiones septentrionales; y durante mas de tres siglos, castillos y no escuelas se alzaban por do quiera; armas y no libros se fabricaban; guerras y no discusiones literarias se promovian entre los conmovidos pueblos.

Pero no está la especie humana destinada á padecer un eclipse que la envuelva entera en las perdurables sombras de la ignorancia, y siempre existe un principio conservador que alimenta la fuerza vital y progresiva del entendimiento. Error fuera creer que durante aquellos siglos, llamados de barbarie, se apagó del todo la luz de la ciencia, sin que nada quedase de la obra de Carlo-Magno. El hijo y los nietos de este grande hombre, educados en su escuela palatina, blasonaban de doctos; y en medio de sus interminables guerras, dispensaron proteccion á la enseñanza. El clero, depositario entonces del saber, coadyuvaba á sus miras, sosteniendo en iglesias y monasterios algunas escuelas donde se aprendia gramática, retórica, dialéctica, aritmética, geometría, astronomía y música. Verdad es que estos estudios apenas aprovechaban mas que á los que seguian la carrera eclesiástica: los seculares abandonaban cada vez mas las escuelas; y las invasiones normandas, la disolucion de los

últimos restos del imperio carlovingio, produjeron, aun en el clero, sino retroceso, al menos paralización respecto de la enseñanza, la cual no volvió á dar señales de vida hasta que asentada de un modo firme en el trono la dinastía de los Capetos, fué organizándose la universidad de Paris, origen y vehículo de la ilustración francesa.

Entonces, en aquella gran reunión de maestros y alumnos que de todo el orbe acudían, Guillermo de Champeaux, Pedro Lombardo, Roscelino, Abelardo, y otros sabios elocuentes, produjeron un movimiento intelectual inmenso, movimiento que extendiéndose á todas partes, fué, por decirlo así, el despertador del genio europeo, que desde entonces empezó á desplegar el vuelo que á tanto se ha remontado en los tiempos modernos. El siglo XII, tan despreciado generalmente cuando se pondera la ignorancia de la edad media, es, sin embargo, uno de los que más sobresalen en los anales del mundo, porque en él se ve á la civilización recibir un poderoso impulso para entrar en nuevas vías de actividad y progreso. Las grandes cuestiones literarias y filosóficas, saliendo de la oscuridad de los claustros, se controvirtieron á la luz del día, se apoderan de todas las cabezas pensadoras, y producen ruidosas disputas, en las que si bien no faltan intolerancia y persecuciones, hay movimiento y vida. Porque el entendimiento humano, en su laboriosa carrera, no camina sino entre escollos, que, si á veces le detienen, sirven también para darle más bríos con los rudos combates á que se ve obligado. El siglo XII fué, pues, el punto de partida de la civilización europea: en él la enseñanza adquirió grande importancia, y empezó á organizarse por todos lados: en él creáronse multitud de escuelas; y de aquella época data el origen de las más célebres universidades.

Acontecimiento es este notable, no solo por la grande extensión que adquirieron los estudios, sino también por ser el primer paso que se dió para la secularización de la ense-

ñanza. Esta entonces salió de las iglesias y monasterios para fijarse en escuelas propiamente tales, sin otro destino que el de la instrucción pública. A la verdad, hasta mucho tiempo después, fueron aun clérigos y monjes los que regentaron las cátedras; pero ya no lo hacían como ocupación inherente á su estado, sino á fuer de sábios, circunstancia que alcanzando también á los seculares, les abría las puertas de la universidad para brillar en ella. Así se fué formando poco á poco una clase de hombres exclusivamente dedicados al profesorado, y que reclutándose cada vez más en el siglo, tenían que traer un tiempo en que los lazos entre el templo y las escuelas quedasen de todo punto disueltos.

Si en las orillas del Sena, como también en las del Támesis, del Pó, y en otros puntos de Europa, renacía de esta suerte la civilización, no sucedía lo mismo en el norte de la Península ibérica, colocado en circunstancias menos favorables, y donde el retroceso intelectual hubo de ser espantoso. Hasta la batalla de Calatañazor, que acabó con el más formidable enemigo de los cristianos, dando principio á la decadencia del imperio de los Omniades, ningún punto de los habitados por aquellos, se hallaba á cubierto de la devastación. La capital misma de los monarcas leoneses, se vió más de una vez abandonada ó destruida; y en tal estado, no podían existir escuelas que solo viven á la sombra de la paz y requieren estabilidad para desarrollarse. Dábanse únicamente en algunas iglesias y monasterios las enseñanzas más necesarias al clero, acudiendo á Francia ó Italia los que anhelaban mayor perfección en los conocimientos de la época (1).

Otra era la suerte de las letras en el Mediodía de España, donde desde los primeros años de la conquista asentaron los moros su imperio sin contradicción alguna, manteniendo

(1) Entre otros, puede citarse al célebre arzobispo don Rodrigo, el de las Navas, que se educó en París, aunque muy posteriormente á esta época, y á

pesar de que ya en su tiempo, en virtud de los esfuerzos hechos por Alfonso VI, empezaban á florecer algunas escuelas en Leon y Castilla.

viva, por medio de sus comunicaciones con el Oriente, una civilizacion especial, que asi se prestaba á los encantos de la mas exhuberante poesia, como á las abstracciones de las ciencias exactas y á las sutilezas de la metafísica. Los árabes, pasado que hubo el primer ímpetu de su fanatismo conquistador, luego que se vieron dueños de las mas bellas regiones asiáticas donde se conservaban esplendorosos restos del saber antiguo, no pudieron menos de sentirse avasallados por los portentos de las artes que los rodeaban, y por la influencia de los que, si bien esclavos suyos, los aventajaban tanto en ilustracion y cultura. Amantes de la poesia, de ingenio vivo y penetrante, de comprension fácil, aunque mas sutiles que profundos, abandonaron pronto sus instintos destructores, y se dedicaron al cultivo de las letras y ciencias, dándoles cierto carácter peculiar, que despues influyó no poco en la cultura europea. Preciso es hacerles justicia. A pesar del descrédito que sobre ellos ha dejado el hecho de Omar, mal comprobado en la historia (1), no estuvieron animados del espíritu devastador que acompañara á los septentrionales. Trajeron estos, es verdad, en sus costumbres y leyes, principios que, desarrollados á su tiempo, han sido favorables á la civilizacion del mundo; pero al arrojarse sobre el coloso romano, hubo entre ellos y los musulmanes la enorme diferencia de presentarse como destructores del saber de los vencidos, mientras los segundos se envanecieron con el papel de sus continuadores. Los árabes, por la influencia que al fin ejercieron sobre el Occidente, hicieron retroceder la barbarie que le cubria. Remontáronse á las fuentes eternas de la sabiduría griega; y no contentos con salvar el tesoro de los conocimientos adquiridos, abrieron nuevas vias

(1) La quema de la biblioteca de Alejandria ha sido atribuida á los árabes musulmanes por historiadores muy posteriores á Omar, y hay motivos para creer que sea un hecho inventado para desacreditarlos. Gran parte de esa biblioteca se quemó cuando Julio César se apoderó de la capital de Egipto. El

historiador Orosio, escritor del siglo IV, dice que la habia visitado y que encontró sus estantes vacios por haberla saqueado doscientos años antes los sarracenos, pueblo árabe que mucho antes de Mahoma hacia frecuentes incursiones en la parte oriental del imperio.

al estudio de las ciencias y de la naturaleza. Las matemáticas, la geografía, la astronomía, la medicina, fueron objeto de sus desvelos. Tradujeron la mayor parte de las obras científicas de los griegos, particularmente las de Aristóteles y Ptolomeo; dieron á conocer los guarismos que llevan su nombre y que tanto han influido en la ciencia del cálculo; crearon, por decirlo así, el álgebra que los griegos no habían hecho mas que divisar; fundaron las ciencias químicas, aunque con ellas trataron solo de hallar el oro y la panacea universal; hicieron la primera medicion del meridiano terrestre; fueron tal vez los introductores del papel, de la pólvora, de la brújula y de otros inventos de suma trascendencia atribuidos á la edad media; y en fin, produjeron gran número de sábios que, extendiéndose por todas partes, llevaron al Occidente la fama de su ciencia y los gérmenes de una nueva cultura. No se quedaron atrás sus hermanos de España, y antes bien los aventajaron, conservando por mas tiempo la antorcha del saber que en Asia se fué extinguiendo en medio de las continuas revoluciones que sufrieron aquellos desventurados paises; y las escuelas, academias y demás establecimientos de Andalucía, en que muchos encuentran el origen y modelo de las universidades, juntamente con los hombres doctos que formaban, adquirieron tal celebridad, que desde los puntos mas remotos acudian cuantos impulsados por el ánsia de instruccion, querian beberla en sus mas puras y abundantes fuentes (1).

Otra raza, maldecida entonces, contribuia con la mahometana á propagar las luces. Sin patria fija, ó por mejor decir, teniendo por patria todas las naciones, los judíos se dedicaron principalmente á la medicina, y por lo tanto al estudio de la naturaleza, brillando tambien muchos en las demás ciencias y la literatura. Fundaron primero en Oriente

(1) Los mismos cristianos independientes de España, no se desdenaban de acudir á estas fuentes, aun en los tiempos de mas odio y encarnizada lu-

cha. Alonso el Magno envió á sus hijos á estudiar las ciencias naturales en las escuelas arábigas de Zaragoza.

sus célebres academias ó escuelas, llamadas Yesibot, y las trajeron luego á Europa, no siendo España la que menos participó de este beneficio. Cuando todo el que no era clérigo ó monge se hallaba sumergido en la mas profunda ignorancia, estos sectarios cosmopolitas, dotados de suma actividad, además de ser el principal vehículo del comercio, hacian el oficio de traficantes del saber humano. Corriendo muchas tierras, recogian las riquezas científicas de cada pais para llevarlas á los demás, desenterraban libros perdidos, los copiaban y traducian, enseñaban en no pocas partes, curaban en las mas, y haciéndose indispensables en todas, adquirieron suma influencia en los palacios de los reyes, en los castillos feudales y en las mas célebres escuelas, sembrando por dónde quiera semillas preciosas que no tardaron en florecer y dar ópimos frutos.

Algunas escuelas en iglesias y monasterios, particularmente las que fundaron los monges de Cluni que hácia el siglo XI se introdujeron en la Península; viajes por Francia y por la parte de España sujeta á los musulmanes; el trato con moros y judíos y con los extranjeros que el comercio, la devocion ú otros motivos atraian á las poco cultas ciudades de Leon y Castilla; he aqui, pues, los únicos medios de instruccion que los habitantes de estos reinos tuvieron durante el triste período de prueba y sufrimiento que atravesaron, hasta que reconquistada por Alfonso VI la antigua capital del imperio godo, quedó decidida la superioridad de los cristianos, pudiendo ya estos, seguros en sus hogares, pensar en otra cosa que no fuesen la guerra y las artes de defensa ó de exterminio.

Asi es, que aquel monarca, ansioso entonces de promover mayor cultura en sus atrasados pueblos, creó en el monasterio de benedictinos de Sahagun una escuela que, bajo sus auspicios, se hizo muy pronto famosa, concurriendo á ella, no solo monjes, sino también seglares. Todavía hizo mas el célebre vencedor de las Navas de Tolosa, el noble

Alfonso VIII de Castilla, que no contento con el laurel de guerrero, quiso aspirar al título de protector de las letras, y estableció en Palencia una academia general de estudios, que muchos citan como la primera universidad de España, dotándola generosamente y atrayendo á ella los mas doctos profesores de Francia é Italia, á quienes prodigó muy grandes recompensas. Siguiendo su ejemplo, el rey de Leon Alfonso IX, fundó el estudio general de Salamanca, aunque con mas escasez de recursos que el de Palencia, por cuya razon brilló menos entonces la escuela que pocos años despues llegó á ser la lumbrera de España, y una de las cuatro principales de todo el Occidente. En fin, Valladolid y otros pueblos tuvieron tambien estudios que de meramente eclesiásticos pasaron á ser generales, adquiriendo celebridad aun antes que los reyes y los papas los elevaran á superior categoría.

El gran San Fernando, que reunió para siempre bajo un mismo cetro las dos coronas de Leon y Castilla, y que en vez de estar á la defensiva, llevó sus armas á los campos andaluces, apoderándose de las mas bellas regiones de España, y de las ricas ciudades que durante cinco siglos habian sido el emporio de la civilizacion musulmana, pudo disponer de nuevos elementos de ilustracion para sus pueblos, y concedió una decidida proteccion al estudio de Salamanca, que á poco tiempo eclipsó el de Palencia. Mientras este desaparecia, aquel aumentaba en esplendor y gloria, y obtenida por fin la sancion pontificia, tomaba el título de universidad, logrando una de las épocas mas brillantes de su historia bajo el sucesor del santo rey, su hijo Alfonso el Sabio, digno de este título por su inmensa erudicion, ya que no por los aciertos de su gobierno. Entonces se establecieron nuevas cátedras de lenguas, retórica, medicina, matemáticas, música y otras útiles enseñanzas; entonces se tradujeron al latin las mejores obras de los griegos que los árabes nos dieron á conocer en su lengua, y las que estos

habian compuesto sobre matemáticas, química y medicina; entonces brillaron los conocimientos astronómicos que los mismos árabes habian salvado del olvido, recibiendo una magnífica aplicacion en las Tablas Alfonsinas; y entonces, por último, entrando los españoles en la carrera del saber con tanto mas ardor cuanto mayor habia sido su forzoso alejamiento de ella, hicieron tales progresos, que en breve, lejos de verse obligados á salir de su patria para buscar la ciencia en extranjeros climas, fueron ellos mismos objeto de admiracion y envidia para los extraños.

Mientras asi progresaban los pueblos sujetos á la corona de Castilla, no se quedaban en zaga los que componian la monarquía aragonesa. El condado de Barcelona, formando á veces un solo estado con la Provenza, y hablando la misma lengua, participó de su temprana civilizacion, y unido despues al reino de Aragon, le comunicó su cultura. Brillaron las letras en aquella parte de España, siendo catalanes, valencianos y mallorquines muchos de los mas célebres trovadores que encantaron á Europa con su galante y sutil poesía. Por otro lado, las continuas comunicaciones de estos reinos con Italia; la dominacion que sus monarcas ejercieron en Sicilia y Nápoles; las expediciones á Oriente que hicieron vacilar el imperio griego; el gran comercio de los catalanes; su destreza y fama en la navegacion, á tal punto que sus leyes marítimas llegaron casi á ser un código universal; la frecuente celebracion de las córtés de amor, asi en Barcelona como en Zaragoza; la costumbre que tenian muchas familias de enviar sus hijos á Bolonia para educarse en aquella universidad que solo á la de París cedia en gloria literaria; todo contribuyó á que los pobladores de las costas del Mediterráneo se adelantasen tal vez á los castellanos. Y no faltaron tampoco en Aragon escuelas donde su juventud se formase, constando que en sus iglesias y monasterios sucedia lo que en toda la cristiandad. Casi al propio tiempo que la universidad de Valladolid, se fundaba la de Lérida para

el condado de Barcelona. La ciudad de Huesca, recordando que en ella habia establecido el romano Sertorio un célebre gimnasio donde se educó gran parte de la nobleza española, solicitó del rey don Pedro IV la creacion de estudios generales, á lo que este monarca accedió, mandando al propio tiempo que aquella universidad fuese la única en todo el reino de Aragon. Zaragoza poseia de antiguo escuelas que fundadas, segun dicen, por Augusto, pasaron luego á manos del clero, y hasta se conservaron durante la dominacion sarracena, recuperando su esplendor despues de la reconquista. Esfuerzos hicieron sus habitantes para convertir estos estudios en generales y luego en universidad, y al fin lo consiguieron, aunque bastante tarde. Cuando el rey don Jaime I ganó á Valencia, le concedió un fuero que establecia la libertad de enseñanza, con cuyo motivo se dedicaron muchos á este ejercicio, contándose entre ellos á varios doctores de la universidad de París, hasta que San Vicente Ferrer reunió todas estas escuelas particulares en un estudio público, que mas adelante logró igualmente conferir los grados académicos.

Reunidos al fin los estados de Castilla y Aragon, el impulso es mayor todavía. La católica Isabel llama para la educacion de sus hijos á los mas distinguidos maestros, asi españoles como extranjeros; y deseando que la nobleza hermanase con el ejercicio de las armas el cultivo de las letras, funda bajo la direccion de Pedro Mártir de Angleria, sábio italiano (1) traído expresamente de su patria, una escuela que no tardó en llenarse de numerosos discípulos pertenecientes á las mas altas familias (2). Aumentanse desde entonces considerablemente los establecimientos de enseñanza.

(1) Trajo ademas á España la Reina Católica á los dos hermanos Antonio y Alejandro Geraldino y á Luis Marineo Siculo, ya célebres en su patria.

(2) La nobleza, que antes se dedicaba á las armas y despreciaba las letras, á pesar del ejemplo dado por algunos ilustres varones, como los mar-

queses de Villena y Santillana, obediendo ahora al impulso comunicado por la magnánima Isabel, acudia á las aulas de las universidades, y aun enseñaba en ellas. Asi lo hicieron don Gutierre de Toledo, hijo del dñque de Alba, don Pedro Fernandez de Velasco, que fué despues condestable de Casti-

A esta época pertenece la definitiva constitucion de las universidades de Zaragoza y Valencia; la de Alcalá queda completamente organizada por el gran Jimenez de Cisneros: créanse ó se reforman tambien las de Barcelona, Sevilla, Granada y Toledo; mas tarde las de Oviedo y Santiago; y finalmente, es tan profuso en esto el siglo XVI, que como en su lugar veremos, pasan de treinta las universidades que solo en la Península llegaron á contarse. Reyes, prelados y magnates rivalizan en este punto, construyendo edificios magníficos para toda clase de escuelas, dotándolas espléndidamente, y atrayendo con brillantes recompensas á los maestros de mas nombradía. Aquellos cuyos recursos no alcanzan á tanto, fundan cátedras de latinidad, ó dejan legados á conventos con la obligacion de abrir aulas para ciertas materias, principalmente humanidades, lógica y teología. Jamás hubo nacion donde los medios de aprender se hallaran en tanta abundancia; pues no solo estaba generalmente adoptado el sistema de enseñanza gratuita, sino que además multitud de colegios brindaban con su asilo á la numerosa juventud que se apresuraba á disfrutar de tan altos beneficios.

La masa general del pueblo permanecía, no obstante, en la ignorancia; porque como mas adelante veremos, la instruccion primaria yacia en completo abandono, dándose precio únicamente á los estudios superiores. Pero el mismo pueblo, merced á la profusion con que estos estudios se promovian, hallaba camino para que gran número de sus hijos saliese de su humilde condicion, pudiéndose elevar hasta las mas altas dignidades. A nadie se le preguntaba su origen, se atendia solo á su saber; y cada estudiante, por pobre que

lla, y don Alfonso de Manrique, hijo del conde de Paredes, á quienes se vió con público aplauso regentar cátedras en Salamanca y Alcalá. Hasta las mugeres, estimuladas por el ejemplo de la reina, quisieron distinguirse en letras y ciencias. Sin hablar de la célebre doña Beatriz Galindo, llamada la *Lati-*

na, que enseñó este idioma á su soberana, merecen ser citadas las hijas del conde de Tendilla, doña Lucia de Medrano, y doña Francisca de Lebrija: estas dos leyeron publicamente, la primera en Salamanca sobre los clásicos latinos, y la segunda en Alcalá sobre retórica y poética.

fuese, veía en perspectiva, como premio de su aplicación y talento, una mitra, una toga, un asiento en los consejos del Estado. Así los claustros, la Iglesia, los tribunales se llenaban de una inmensa multitud que contribuía poderosamente á aumentar el caudal intelectual de España; pero que por una triste consecuencia, dejaba despoblados los campos y los talleres, que fueron visiblemente decayendo.

¿Cuál era entonces el sistema de enseñanza que prevalecía en tan considerable número de establecimientos literarios? Sistema general, ninguno; pues no había llegado la época en que, así en este como en los demás ramos de la administración, los gobiernos han creído necesario sujetarlo todo á un pensamiento uniforme, á una pauta común, estableciendo por donde quiera unidad y simetría. Era, por el contrario, el tiempo de la diversidad, del privilegio. La misma autoridad suprema se creía exenta del cuidado de dirigir las escuelas, dejándolas á merced de sus patronos, ó entregadas á sí mismas, y contentándose cuando mas con algunas lejanas visitas. Cada universidad tenía los estudios que le permitían sus recursos, sin mas regla que la voluntad del fundador ó las prescripciones de la Santa Sede, y gobernándose por sus particulares estatutos. Ni aun dentro de cada universidad se conocía un orden fijo, un método invariable, un cuerpo de doctrina para cada facultad, sino que establecidas cátedras para varios autores, tratados ó sistemas, el escolar seguía las que mas le acomodaban, sujeto solo á la asistencia mal probada de cierto número de años, y á la sustentación de los actos que cada grado exigía. La diversidad en esto era grande, y puede decirse que existía entonces casi en su mayor latitud la libertad de enseñanza; pero libertad limitada por el espíritu de la época en que predominaba sobre todas las ciencias y estudios el respeto á la autoridad de los grandes maestros, el apego á ciertos libros considerados como el último esfuerzo del entendimiento humano, y la influencia de doctrinas arraigadas que se tenía por locura ó profanación poner en

duda. Epoca de erudicion mas bien que de exámen, necesitábase que aquella se agotara y no ofreciera ya pábulo á la ansiosa inquietud de la razon, para que esta recobrase sus fueros, conociese la insuficiencia del saber antiguo, y se lanzase en los campos desconocidos de nuevas investigaciones, á fin de presentar á los unos verdades ignoradas, y despertar en los otros el recelo de alteraciones peligrosas.

Pudo este sistema producir buenos resultados, excitando entre las varias universidades una provechosa emulacion; pero tambien, andando el tiempo, esta emulacion se convirtió, á impulsos del amor propio, en apego á las doctrinas que cada cual sustentaba, y en rivalidad engendradora de ódios implacables. A los esfuerzos para mejorar, siguiéronse las disputas para deprimirse: en vez de hacer nuevos descubrimientos, se agotaban todos los recursos del ingenio para probar que no se podia saber mas; y el error llegó á ser un ídolo que se adoraba con entusiasmo, y se defendia con toda la pertinacia del orgullo ofendido.

En aquel tiempo, sin embargo, y hasta la época fatal de nuestra decadencia, se hallaban las universidades españolas al nivel de las mas adelantadas de Europa, enseñándose en ellas, tal vez con mayor perfeccion que en ninguna, todas las ciencias conocidas. Las humanidades, las lenguas orientales, la filosofía, la jurisprudencia, las ciencias sagradas, no eran los únicos estudios honrados y protegidos: cultivábanse tambien la medicina, las matemáticas, las ciencias físicas que á tanta postracion llegaron en años posteriores; siendo tal el adelanto, que mientras el gran Galileo era perseguido en Italia por enseñar el sistema copernicano, como contrario á los dogmas religiosos, la universidad de Salamanca sostenia con teson ese mismo sistema, por mas conforme á la observacion y nada opuesto á la verdadera doctrina de la Iglesia.

¡Que espectáculo tan magnífico el de aquellos siglos en que debelando España á toda Europa con el poder de sus

armas, la aventajaba tambien, como mas ilustrada, en los dominios de la inteligencia, siendo á la par famosa por sus guerreros, sábios, literatos y artistas! Entonces Antonio de Nebrija, Alvarez y el Brocense restauran el estudio de la verdadera lengua latina tan barbarizada en el transcurso de los tiempos medios. Cisneros, congregando á los varones mas versados en las lenguas sábias, imprime en Alcalá la primera biblia políglota, trabajo colosal que se repite luego en Amberes, bajo la direccion de Arias Montano, célebre por su vasta erudicion. Luis Vives, indicando los medios de llegar á la verdadera filosofía, precede á Bacon, y tal vez le hubiera arrebatado su gloria, á no vivir en un pais que ya empezaba á sentir el yugo de la Inquisicion sobre el pensamiento. Antonio Agustin restablece el estudio de la jurisprudencia civil y eclesiástica; y el maestro Cano aclara las fuentes de donde dimanan las verdades divinas, brillando en los mismos trabajos los Victorias, los Maldonados, los Sepúlvedas, los Covarrubias y otros mil, lumbreras todos de ambos derechos y de la teología. Pedro Monzon introduce la loable costumbre de enseñar la aritmética y geometría antes de entrar en los estudios filosóficos. Pedro Ciruelo es llamado desde la universidad de Salamanca á la de París para ser alli primer catedrático de matemáticas, honor que cupo tambien á otros muchos españoles que enseñaron con brillantez en las mas célebres escuelas extranjeras. De la misma universidad de Salamanca, salen maestros para la correccion del decreto de Graciano, y para concluir y perfeccionar la del cómputo eclesiástico gregoriano. Nuestros obispos son los que mas brillan en los concilios de Basilea y de Trento. Pedro Ponce inventa el arte de hacer hablar á los mudos. Blasco de Garay hace el primer ensayo de mover los buques sin el impulso del viento y de las velas. Fernan Perez de Oliva, fray Luis de Leon, Avila y Granada, se immortalizan en los anales de la elocuencia. La poesia produce tantos y tan insignes varones, que por demasiado co-

nocidos no es menester nombrarlos. Lope de Vega y su escuela abren al teatro el camino que le conviene seguir en los tiempos modernos. Florian de Ocampo, Garibay, Mariana, Zurita, Hurtado de Mendoza son de los primeros que en Europa escriben verdaderas historias, abandonando el terreno de las crónicas, donde tambien los nuestros habian sobresalido. Ni tampoco falta quien, como los mismos Mariana y Zurita, como Rivadeneyra, Sepúlveda y Valera, presente en sus obras doctrinas atrevidas sobre la organizacion de los pueblos, sus derechos, esencia y forma del poder supremo. Entre nuestros literatos, se encuentran negociadores tan hábiles como Mendoza, Quevedo, Saavedra. Honran las artes, cuya gloria se prolonga por mas tiempo, porque no asustan á la Inquisicion ni al despotismo, arquitectos tan insignes como Toledo y Herrera, juntamente con Berruguette, Cano, Murillo, Velazquez, Zurbarán y otros mil que elevan la escultura y la pintura á un punto tal que la Italia misma nos lo envidia. No hay, en fin, ramo alguno de los conocimientos humanos que en España no sobresalga, dejando en todos insignes muestras de su ilustracion y de su ingenio.

¿Cómo despues de haber llegado á tanta altura, caimos en tal postracion que da vergüenza el pensarlo? ¿Cómo hallándonos al frente de la civilizacion europea, vinimos á quedar tan rezagados, que nos tomaron larga delantera pueblos tenidos por bárbaros en aquella época brillante? ¿Cómo nos vimos arrojados ignominiosamente del templo de las ciencias donde ocupáramos un dia el mas eminente puesto? Triste es recordar tan dolorosa historia: ni seré yo quien me atreva á recorrerla, y mucho menos á señalar todas las causas que contribuyeron á nuestro abatimiento intelectual. Sin embargo, no puedo prescindir de señalar algunas y de presentar varias consideraciones que han de servir á la inteligencia de lo que tengo que decir en el curso de esta obra.

CAPITULO II.

CAUSAS DE LA DECADENCIA.

EL primer trabajo que ocupó á las naciones de Occidente despues del terrible cataclismo que dispersó los restos del saber antiguo, fué el de reunir estas reliquias y construir con ellas el nuevo templo de la sabiduría. Pero roto estaba todo enlace entre esas diversas partes que ya no se prestaban á formar un edificio completo y ordenado. La erudicion que de aquí resultó fué necesariamente confusa é inconexa, y como no se hacia mas que repetir lo que otros habian dicho, no observándose la naturaleza, ni estudiándose tampoco el hombre á sí mismo, se estancó la fuente de los progresos intelectuales; siendo el resultado que la razon, perdido el uso de sus facultades, abdicó completamente para ceder el imperio á la autoridad que llegó á mandar del modo mas absoluto en los dominios de la ciencia. Fortaleció esta tendencia la calidad de las personas que las circunstancias hicieron entonces depositarias del saber; clérigos y monjes la mayor parte, hubieron de subordinarlo todo al objeto principal de sus deberes y afecciones, que era la religion. Ya desde el siglo III, todos los esfuerzos del ingenio se habian dirigido hácia las discusiones religiosas; y el gran com-

bate que se encendió entre el cristianismo y el paganismo, se hizo la exclusiva ocupacion de los entendimientos superiores.

Entre los padres de la Iglesia, cuyas obras son tan notables bajo otros aspectos, hubiéranse podido hallar filósofos observadores, si empleáran su talento en estudiar la naturaleza. Pero desde que la religion cristiana, venciendo al gentilismo, quedó como absoluta dominadora; desde que la clase sacerdotal se hizo prepotente en los campos de la inteligencia, solo se conocieron ya disputas teológicas, aplicándose todas las sutilezas de los griegos á raciocinar sobre el sentido que debiera darse á las sagradas escrituras y á los misterios revelados. Mezclóse, pues, el dogma con la ciencia, dándole su carácter predominante, la estabilidad; y siendo este el pensamiento que todo lo avasallaba, avasalló tambien á la ciencia que desde entonces se hizo teológica. La teología vino por consiguiente á ser la primera de las ciencias, ó por mejor decir, la ciencia única.

Pero la teología misma no era entonces una verdadera ciencia. Reducíase á la exposicion mas ó menos extensa, pero sin orden ni método, de los dogmas sagrados; exposicion en que se procuraba conservar la ortodoxia de las doctrinas, bastando esto á la ardiente fé de aquellos tiempos. Si la multitud no aspiraba á mas, los hombres de superior talento, que en todas épocas nacen, quisieron penetrar tan oscuros misterios, echando de menos un sistema filosófico que los explicase de modo que la razon humana pudiera quedar convencida, prestando á la fé nuevo apoyo. Intento peligroso, que habia ya dado márgen á muchas heregías, y estaba destinado á producir otras nuevas. El único medio de evitar semejante escollo hubiera sido el de dirigir los esfuerzos del entendimiento hácia las ciencias profanas; mas estas ya no existían, por haberlas absorbido la ciencia teológica. Siendo, pues, la teología la que descollaba, la única que presentaba el cuerpo al análisis filosófico, debió ser tambien la primera que sintiese sus efectos; y de aqui nació el esco-

lasticismo, que no fué otra cosa mas que la aplicacion de la filosofía á la ciencia divina.

Naturalmente hubo de asustar esta novedad á los hombres firmemente ortodoxos, para quienes la religion no podia salvarse sin la fé ciega y sin la integridad del dogma y de las doctrinas reveladas. Suscitáronse, pues, los dos partidos que existen siempre en semejantes casos: conservador el uno, innovador el otro. El primero, á cuyo frente se puso San Bernardo, se defendió echando mano hasta de las armas de la persecucion; el segundo, cuyo gefe era Abelardo, tuvo rudos combates que sostener, sucumbiendo al fin el célebre amante de Heloisa; mas triunfaron sus doctrinas. La ardiente juventud abrazó entusiasmada un sistema que daba pábulo al inquieto deseo de nuevos adelantos, lanzándola al vasto campo de la controversia.

Mas estaba lejos todavia el escolasticismo de ser el verdadero sistema filosófico. No se atrevió á romper los lazos de la autoridad; y en vez de no reconocer otra autoridad que la razon, emprendió solo trasladar la razon á la autoridad. No podia ser de otro modo. Tratábase de teología; y aunque Abelardo y sus discípulos dudaban é investigaban, no recaia la duda sobre la verdad de las creencias, que era su ánimo explicar sin destruir. Dudaban sobre la bondad de todo lo que era obra de los hombres en la ciencia existente, é investigaban los medios de reformar lo que tenia en esta parte de imperfecto; pero no se atrevian á entregarse del todo á la razon, y buscaban una autoridad que reemplazando á la razon, sirviese de base á sus doctrinas. Como en este campo se encontraban siempre expuestos á pisar el terreno resbaladizo de la heregía, los que se mantuvieron firmes sin precipitarse por él, no lo consiguieron sino volviendo al culto de la autoridad cifrada en ciertos autores. La voz de *el maestro lo ha dicho*, fue entonces el talisman poderoso que paralizaba todos los esfuerzos de la razon para salir del círculo en que se hallaba aprisionada.

Ese maestro era precisamente un pagano que hubiera recusado á sus supuestos discípulos si renaciera al mundo para oírlos, y cuyo sistema filosófico nada tenia que ver con el que por tantos años se estuvo sosteniendo á su nombre: ¡Extraño destino del genio, cuando llega á dominar toda una época, no bajo la impresion inmediata de su enseñanza, sino al influjo de los que despues de muchos siglos de olvido se apoderan de sus obras y las interpretan mal ó las acomodan á sus propias ideas! Defecto habia sido de los filósofos antiguos el querer adivinar la naturaleza en vez de estudiarla; y haciendo todo lo que el ingenio puede alcanzar por sí solo, inventaron infinidad de sistemas para explicar los fenómenos del universo; pero no consiguieron jamás conocer sus verdaderas leyes, que solo se revelan á la atenta observacion. Aristóteles fué de los pocos, si no el único, que se apartó de este método erróneo: dotado de un talento eminentemente observador y analítico, examinó los hechos, asi en el orden intelectual como en el mundo físico, los describió con exactitud y los comparó entre sí, para deducir conclusiones y establecer preceptos que por llevar ese carácter práctico, fueron generalmente aceptados, sirviendo durante siglos de cánon infalible en los mas importantes ramos de los conocimientos humanos. Sus reglas literarias, que todavia conservan tanto imperio en la poesía, no fueron invenciones suyas, sino consecuencias del análisis y comparacion que hizo de las obras mas notables publicadas hasta su tiempo, deduciendo de este estudio las causas generales del agrado ó disgusto que producen, y convirtiéndolas en preceptos que luego han sido mal comprendidos ó inoportunamente aplicados. Su obra sobre los animales, una de las mas grandes que nos ha legado la antigüedad, ofrece tambien ejemplos notables de observacion en sus exactas descripciones; y cuando del mundo físico pasó al intelectual, tratando de analizar el entendimiento y de clasificar las formas del raciocinio, sus preceptos fueron igualmente tan exactos y practicables, que

todavía sirven para la indagacion de la verdad, si bien despojados de la exageracion y ridiculez á que un tiempo se llevaron.

Ya en Asia San Juan Damasceno habia hecho uso para los estudios eclesiásticos del método aristotélico; y sus escritos, pasando al Occidente, prepararon el triunfo del Estagirita, triunfo que fué completo, luego que descubiertos sus libros filosóficos, ó mas bien transmitidos desfigurados por los árabes, en una época en que se trataba de aplicar el raciocinio á la teología, halláronse los escolásticos con fórmulas admirablemente adecuadas á su objeto. Echaron, pues, mano de ellas; y al ver el poderoso auxilio que les prestaban en sus eternas disputas, se apasionaron á tal punto de este modo de argüir, que ya no concibieron otro camino posible para las operaciones del entendimiento, que procuraron reducir á un puro mecanismo. Pero esto fué lo único que tomaron de Aristóteles, no su espíritu de observacion que desconocieron completamente, olvidados de la máxima fundamental de su filosofía, *nada existe en el entendimiento sin haber pasado antes por los sentidos*; y creyendo que el inventor de tan poderosa dialéctica no podia menos de haber descubierto la verdad en todas cosas, tuvieron por incuestionable cuanto habia dicho ó le hicieron decir los árabes al traducirlo.

Mas si en la forma seguian los escolásticos los preceptos de Aristóteles, en el fondo eran sectarios de otro filósofo cuya escuela se acomodaba mejor á la índole especial de sus indagaciones. El campo de la filosofía escolástica era puramente especulativo, como que solo se aplicaba á las materias teológicas. De aquí el concederlo todo al raciocinio y nada á la observacion, no teniendo nada que ver el mundo existente con unos hombres que abandonaban la tierra para remontarse al conocimiento de las doctrinas mas abstractas y mas inaccesibles al entendimiento humano. Hasta entonces además, habian dominado casi exclusivamente los princi-

pios mal comprendidos de la filosofía platónica. Ya los padres de la Iglesia creyeron hallar en ellos el germen de sus dogmas, ó mejor dicho, una preparacion para llegar á ellos; y gran número de las abstracciones del Timeo fueron adoptadas con entusiasmo. Así, desde San Agustín hasta Alcuino, Juan Escoto, y Bernardo de Chartres, el platonismo, ó mas bien, el neo-platonismo de Alejandría, iba echando raíces cada vez mas profundas en la edad media; á tal punto, que el espíritu dominante, al entronizarse la filosofía escolástica, fué un platonismo revestido con formas aristotélicas. Nació, pues, de aquí, esa dialéctica sutil y pretenciosa, ese ardor infatigable de disputas, esa estéril palabrería, esa vana cavilosidad que, sin resultado alguno provechoso, á todos tuvo enloquecidos, convirtiendo á los doctores de la Escuela, en verdaderos energúmenos, dignos de lástima si su tenacidad no hubiese opuesto tantos obstáculos, y perseguido tan cruelmente, á los que comprendiendo mejor la filosofía de Aristóteles, y esforzándose por seguir sus verdaderas huellas, trataron al fin de abrir nuevos caminos por donde la razon emancipada volviese al uso de sus imprescriptibles fueros.

Esta intolerancia, que llegó á ser uno de los caracteres distintivos del escolasticismo, debióse tambien al diferente punto de vista bajo el cual las naciones antiguas y las modernas han considerado el conjunto de los conocimientos humanos. El politeísmo, estableciendo gran variedad en el origen religioso, produjo el mismo resultado en el orden científico. Cada filósofo creaba un sistema, explicando á su manera los fenómenos del universo; pero el cristianismo, cuya esencia es la unidad, quiso buscar la misma unidad en la ciencia. Así como llegó á conocer que un solo Dios rige el mundo, del propio modo comprendió que solo debe ser una la ley de la naturaleza, obra de ese Dios. Todo el esfuerzo de los modernos ha sido, y es todavía, descubrir esa única y eterna ley para formar de todo el saber humano un solo

edificio que admire por la grandiosidad del conjunto y la armónica relacion entre todas sus partes. Diversidad en la ciencia, he aquí, pues, el carácter de los antiguos: unidad en la ciencia, he aquí el distintivo de los modernos.

En fuerza de esta tendencia, los escolásticos dijeron: en la teología están cifradas todas las ciencias: no hay mas ciencia que la teología: el entendimiento humano debe sujetarse á ella; y es absurdo y punible todo lo que se dirige á buscar la verdad fuera de ese círculo inflexible, mas allá del cual solo existe el error y la condenacion de las almas. Y guiados por este principio, echaron un velo sobre toda la naturaleza; y el mundo físico no fué nada para ellos; y esforzándose en deducirlo todo del orden divino, que encierra para el hombre arcanos impenetrables, dieron tortura á su entendimiento; y en su insensato espiritualismo, el mismo dogma recibió explicaciones diversas; y los misterios de la fé quedaron sujetos á un exámen profano de que no pudieron salir ilesos, produciendo escisiones profundas.

Porque en esa controversia, hubo al fin quien dijo á la mayoría de los escolásticos. La ciencia teológica es en verdad la ciencia de las ciencias; pero vosotros no estais en posesion de ella: la habeis adulterado; estais engañados y engaÑais al mundo: las verdades divinas han sido obscurecidas por los errores de vuestro entendimiento y por el desarreglo de vuestras pasiones: nosotros vamos á separar del grano la cizaña; nosotros vemos la verdad en toda su pureza, y reformaremos lo que en vuestras manos se ha degradado y pervertido.

Y otros vinieron despues que á su vez dijeron: La ciencia teológica no es la única de las ciencias; es solo la usurpadora de los derechos que corresponden á las demás ciencias. Las leyes divinas son distintas de las leyes humanas; y estas no pueden explicarse por aquellas. Habeis sujetado el mundo físico al imperio de la teología, y el mundo físico se os oculta, porque quereis explicarlo exclusivamente por vuestras doctrinas que son opuestas á todo progreso. Llegó la hora

de la emancipacion. Ocupaos solo en las cosas divinas, y dejad las humanas á otros hombres que no tengan ni vuestras preocupaciones ni vuestras pasiones.

Y de estas disputas nacieron tres partidos: el de la teocracia, el de la reforma, el de la filosofia. El primero se hizo estacionario, intolerante y perseguidor; el segundo encendió las teas de la guerra civil, y á veces tambien las hogueras del fanatismo; pero cambiando de doctrinas, sin presentar una bandera única al rededor de la cual pudieran todos reunirse, se pulverizó en infinitad de sectas, y vino á morir en el seno de la anarquía; y el tercero, alzando atrevidamente la enseña del progreso, intentó ponerse al frente de la civilizacion, haciéndole grandes servicios, aunque en sus extravíos se ha dejado á veces llevar hasta la irreligion y el materialismo.

De estos tres partidos, España, por sus especiales circunstancias, tenia forzosamente que abrazar el primero. Despues de ocho siglos empleados en combatir á los enemigos de la ley cristiana, el sentimiento religioso no podia menos de hallarse en el mas alto grado de exaltacion, y habia de adherirse á la parte en que permanecia mas viva la fé, y en que se conservaban intactas las creencias por las cuales se habia derramado tanta sangre. A la vista del peligro, se creyó que el precioso depósito, salvado á costa de tan heróicos esfuerzos, no estaba seguro confiado exclusivamente á la libre garantía de las conciencias, y pareció necesario armar la fé con un poder inmenso que le permitiera impedir se apartasen de su gremio las ovejas seducidas. Ese poder fué la Inquisicion; y jamás institucion alguna cumplió mejor con su objeto; pero tampoco ninguna ha traido mas tristes resultados á la nacion que por desgracia se vió sujeta á su inflexible yugo.

Tuvo por primer objeto aquel ominoso tribunal la extirpacion de los judíos en España, donde habian vivido desde muy antiguo en crecido número, ejerciendo grande influen-

cia en el comercio, el saber y hasta la administracion; y este pretexto la hizo aceptable á los ojos de un pueblo que miraba semejante raza con horror invencible. Extendió despues su autoridad á los moriscos que, aunque convertidos al cristianismo, solian aun profesar en secreto la creencia de sus padres; y por último, alzando su frente en Europa la reforma, con tendencias visibles á penetrar en España, halló el Santo Oficio nuevas razones para perpetuarse, aun mas temido y prepotente. Habia hecho ya funesto alarde de sus fuerzas, ensañándose con ilustres varones, cuyo saber y tolerancia, no obstante sus eminentes virtudes, infundieron recelo al fanatismo; y dándose tambien á conocer como poderoso auxiliar del despotismo que empezaba á tender sus alas sobre esta desgraciada nacion, convirtiéndose al fin en instrumento de persecuciones, no ya contra los enemigos de la fê, sino contra la libre emision del pensamiento, que desde entonces no pudo recorrer sin grave riesgo los campos fecundos de la ciencia y de la filosofía.

Quedó, pues, España, entregada al partido teocrático, y con él se perpetuó el escolasticismo en el grado de esterilidad y de intolerancia á que últimamente habia llegado. Todas las cuestiones se vieron ya tan solo bajo el punto de vista teológico: nuestras universidades se convirtieron en otros tantos castillos donde aquel sistema se defendió con toda la tenacidad del que teme perder su existencia á los embates de poderosos enemigos; y contrayéndose cada vez mas la enseñanza á lo que formaba su exclusivo objeto, fué desapareciendo de ella cuanto no contribuia directamente á sostenerlo, ó pudiese ponerlo mas ó menos en peligro. Hasta las matemáticas, tan honradas antiguamente, se olvidaron á tal punto, que segun el testimonio de Torres Villarroel, en la misma Salamanca que produjera á Pedro Ciruelo, antes citado, ya no se explicaban en su tiempo hacia mas de un siglo, mirándose la ocupacion en estas materias como cosa de brujería y nigromancia.

Contribuyó grandemente á fortificar este espíritu en nuestras escuelas la influencia de las órdenes religiosas, que poco á poco se fueron apoderando de ellas hasta dominar casi del todo en la enseñanza. Nacida esta en las iglesias y antiguos monasterios, habíase fijado despues, como hemos visto, en establecimientos seglares, y tendia visiblemente á su emancipacion. La potestad apostólica que al principio dirijia los estudios, iba perdiendo este derecho que se arrogaban ya los monarcas; y los monasterios, apartados de su primitiva regla, pervertidos por las riquezas que habian acumulado, eran mas bien objeto de escándalo que ejemplo de virtudes, decayendo la fé amenazada de nuevas heregías. Temerosa Roma de perder el monopolio de la inteligencia; viendo ya que ni el clero ni los monges bastaban á conservarlo, por faltarles fuerza y prestigio para combatir á los poderosos enemigos que se le presentaban, buscó nuevos auxiliares que mas fervorosos y activos, la sirviesen con el celo que infunden las instituciones nacientes á los que llenos de entusiasmo y fé las abrazan. Tal fué el origen de las órdenes mendicantes, que no entregadas exclusivamente á la contemplacion y penitencia como los antiguos monges, no buscando el desierto, sino, por el contrario, las ciudades populosas; incapacitadas de adquirir bienes para deber el sustento diario á la caridad cristiana; estaban destinadas á esparcirse por la sociedad, penetrando desde los palacios hasta las mas humildes cabañas, apercibidas siempre al combate, á fin de avivar la fé y perseguir la herética pravedad con el ejemplo, la palabra y el castigo, donde quiera intentase alzar la atrevida frente.

Fué la primera la órden de predicadores ó de Santo Domingo, que tuvo por especial encargo la destruccion de los albigenses y demás hereges que despues de ellos aparecieron. A la predicacion, añadió muy en breve la enseñanza. Recibióla al pronto con los brazos abiertos la universidad de Paris; mas envidiosa luego del éxito que alcanzaba, no tardó

en declarársele enemiga, intentando cerrarle sus aulas. Largas y porfiadas luchas se suscitaron con este motivo; mas pronuncióse al fin la Santa Sede en favor de los dominicos, y la universidad tuvo que tolerar su enseñanza y admitirlos en su seno. Con esto la órden extendió sus maestros por todas partes; y merced al gran talento que algunos desplegaron, principalmente Santo Tomás de Aquino, llegó á dominar en la teología, siendo la obra del angélico doctor la mas grande de cuantas la edad media produjo en esta sagrada ciencia, y la que generalmente se adoptó por texto en las escuelas.

Tras de los dominicos, invadieron los estudios los franciscanos, los carmelitas, los mercenarios, los agustinos, los benedictinos reformados, y las mil órdenes religiosas que fueron creándose sucesivamente, hasta que, sin desterrarlas, alzóse una que á todas las eclipsó, y que por su celebridad y grande influjo, fué á la vez objeto de los mas altos favores y de los mas enconados odios: hablo de los jesuitas.

Fuera del caso seria detenerme aqui en la historia de la célebre compañía. Solo diré que á no juzgarla mas que bajo el punto de vista de la enseñanza y de las ciencias, mereceria elogios en vez de vituperio. Jamás se han mostrado los jesuitas enemigos de las luces: por el contrario, han cultivado con singular esmero todos los ramos del saber, sin abrigar, respecto de algunos, los errores que hasta las universidades con tanto empeño sostenian; y la lista de los escritores que han producido es dilatada, honrando sobre manera á su instituto. Por otra parte, sus métodos fueron siempre los mejores; y dificilmente se encontrará quien con mas acierto sepa guiar á la juventud por el camino de la sabiduría.

¿Cuál es, pues, la razon que ha hecho proscribir de tantas partes á los jesuitas, y aconseja su perpétua exclusion de la enseñanza pública? Es, en primer lugar, el profundo egoismo que distingue la suya, por considerarla solo como un medio de engrandecimiento y no de civilizacion; es el ca-

rácter de secta que los domina, y su perdurable afán por sostener intereses que no son los de la sociedad civil; es la guerra sorda que hacen á toda institucion que no sea la institucion en cuyo servicio solicitan trabajar; es que, enemigos á la vez de los tronos y de la libertad, han proclamado y ejercido por una parte la doctrina del regicidio, y por otra se les vé siempre al lado de los que combaten la emancipacion de los pueblos; es, en fin, esa ambicion, esa inquietud que los ha llevado á ingerirse en la gobernacion de los Estados, en las intrigas políticas, y hasta en las mas odiosas conspiraciones. Su regla, que establece un poderoso mecanismo en toda la órden, aniquilando la voluntad individual para sujetarla ciegamente á una voluntad suprema, los constituye á manera de esas sociedades secretas que no reconocen mas gobierno que el suyo, mas voz que la que obedecen, y que caminan á su objeto por toda clase de medios, por vias ocultas y con refinada hipocresía. Al revés de las demás comunidades religiosas que á todos admiten, hasta la mas insignificante medianía, los jesuitas solo reclutan sujetos escogidos, sirviéndoles la enseñanza para reconocer y atraerse á cuantos sobresalen por sus eminentes prendas, y formando de esta suerte una reunion de capacidades eminentes donde hallan todo lo que han menester en letras, ciencias, gobierno, y aun en artes y oficios. Cada cual hace alli lo que debe, lo que sabe y aquello para que ha nacido; y esta bien entendida organizacion da á la sociedad una fuerza irresistible que la hace sostenerse á pesar de tantos y tan poderosos enemigos. Su triunfo seria seguro, si no existiera á la par otro poder mas fuerte que ellos, y que anula tanto talento, tanta ciencia, tanta habilidad y perserverancia: el poder de la civilizacion. El mundo, tal cual ha llegado á constituirse, no consiente ya esa teocracia universal que los jesuitas quisieran realizar, ese gobierno semejante al de los antiguos gobiernos orientales, y como el que ellos mismos llegaron á establecer en el Paraguay. Esto hiere de impotencia todos sus

esfuerzos, y los hará desaparecer, con tanta mas razon quanto que hoy es ya innecesaria su enseñanza; porque los gobiernos, dedicando á la instruccion pública un cuidado que antes no tenian, crean por todas partes establecimientos mejores que los suyos, y en los cuales la educacion, despojada de toda tendencia especial y egoista, es mas conforme á las necesidades de la generacion presente (1).

Los colegios de jesuitas se multiplicaron extraordinariamente en Europa; mas por esa fatalidad que siempre sigue á España, los que hubo en ella fueron muy inferiores á los extranjeros, no participando entre nosotros la órden de esa ilustracion, de ese amor á las ciencias, de ese espíritu progresivo que la distinguia en los demás paises. Amoldán-

(1) No dejaron las universidades de resistir la enseñanza de los Jesuitas; antes bien hubo una especie de conjuracion general de todas ellas contra la compañía. En 6 de Marzo de 1627, dirigió la de Salamanca á las demás la carta siguiente, por conducto de los rectores.

«Llegó á esta universidad de la de Lobayna el Doctor Cornelio Jansenio, catedrático en ella, con bastantes poderes y cartas de creencia; el cual, pidiendo acceda, hizo relacion en este claustro de los grandes y prolijos pleitos que han tenido y tienen con los PP. de la Compañía de Jesus sobre que pretenden leer en sus casas á puerta abierta y que en ellas ganen cursos los estudiantes y se graduen. Vimos las bulas que tienen ganadas para esto de la santidad de Pió V y Gregorio XIII, y testimonios auténticos de que en algunas universidades ya dan grados, y otros papeles con que en este punto nos enteramos bastantemente. Considerado todo con la extension y madurez que el caso pide, se resolvió esta universidad de dar cuenta á todas las universidades de España; y así se la dá á V. S. para que viendo el daño que nos amenaza de estos PP. nos juntemos como contra enemigo comun y cuchillo general de las universidades todas, para suplicar á Su Santidad, despachando personas, si fuere necesario, que tenga por bien de recusar estas bulas, y á S. M. y Consejo que las impida por los grandes inconvenientes que tienen. Quanto convenga tomar este negocio con veras, no es necesario encarecerlo á V. S., pues de otra suerte no ha de haber paz ni seguridad con estos PP. El peligro es notorio, y con los estudios generales que

pretenden fundar en Madrid, á que esta universidad hace contradiccion, no es inminente, sino presente, el daño de la crianza de la juventud, haciéndola á sola su doctrina, por la mayor parte contraria á la del Doctor angélico, y en la moral de ordinario relajada y licenciosa, es mas experimentado que convenia. El despueblo de las universidades, si consiguen su intento estos PP., lo podemos señalar con el dedo: la disminucion que habrá de sugetos de letras en el reino, faltándoles los premios de las universidades, que faltando los estudiantes serán superfluas, bien claramente se descubre. La autoridad de todas las universidades no puede dejar de ser de gran peso en el ánimo de la Sede apostólica y del Rey y su consejo. Suplica esta universidad á V. S. se sirva de enviar sus poderes cuales para este caso se requieren, con cláusula de sustituir, que saliendo á este negocio con la voz de V. S. y de las demas universidades, nos prometemos tan victorioso suceso, cual lo pide la justicia de la causa.»

Si no todas, la mayor parte de las universidades hubieron de mandar los poderes que la de Salamanca pedia; pues los Jesuitas se alarmaron y trataron de parar el golpe con representaciones al Papa y al Rey. El recurso de las universidades quedó sin efecto; y esta desavenencia duró poco, puesto que los PP. de la compañía obtuvieron cátedras en todos aquellos establecimientos y vivieron en buena armonía con ellos. Aun hubo universidades en que los jesuitas enseñaron casi solos, y que podian considerarse como exclusivamente suyas.

dose políticamente al carácter del pueblo, tal cual lo iba formando la Inquisición, dobló la cerviz al escolasticismo y al viejo peripato; y sin embargo de que, como otras órdenes religiosas, produjo grandes escritores, principalmente en literatura, no se la vió, con cortas excepciones, sobresalir en las ciencias, ni imitar á sus hermanos de otras naciones en matemáticas, física, astronomía é historia natural. El espíritu de nuestras universidades la avasalló; y existen documentos que prueban que su enseñanza era tan pobre y errónea como la de aquellos cuerpos literarios. Y así tenía que ser; porque todo en una nación corre parejas, principalmente cuando un poder, como el del Santo Oficio, vela incesantemente para abatir cualquiera que intente alzarse sobre el nivel que ha establecido para todas las inteligencias.

Si esto pasaba entre las jesuitas, ¿qué había de suceder con los dominicos, franciscos, mercenarios y demás frailes que ni idea tenían siquiera de las ciencias experimentales, llegándose á constituir en los mas fuertes adalides del escolasticismo? Estas órdenes poseían enseñanzas en la mayor parte de sus conventos; y además, en virtud de sucesivas concesiones del gobierno, regentaban cátedras en todas las universidades, dominando principalmente en las artes, teología y cánones. A todas llevaron su espíritu de intolerancia y de ergotismo; y su influencia contribuyó no poco á perpetuar las disputas, las sutilezas y cavilidades de una embrollada dialéctica. Sin salir del peripato, tenía cada cual su escuela, su sistema, su modo distinto de comprender y explicar las doctrinas, llevando por bandera diversos autores que eran como los evangelios de su enseñanza. Los unos seguían á Santo Tomás, los otros á San Anselmo; estos á Escoto, aquellos á Suarez; y entre todos convertían cada universidad en una verdadera torre de Babel donde nadie se entendía. Las escuelas, divididas en partidos, se asemejaban á campos de batalla, peleándose los frenéticos doctores con las armas de sus vanos argumentos y necias conclu-

siones, atronando las aulas con voces descompasadas, y enloqueciendo á los alumnos, sin que por esto se adelantara un paso en la filosofía ni en las ciencias. Todo se reducía á interpretaciones gratuitas de Aristóteles y de las doctrinas teológicas; y entre tantos disputadores no existía mas acuerdo que para repeler á una voz toda idea nueva, todo adelanto importado del extranjero, toda ciencia que no fuese la que daba continuo alimento á sus perdurables y estériles controversias.

A las causas de decadencia que acabo de enumerar, añádase otra que contribuyó tambien á que desapareciese de las escuelas la enseñanza de las ciencias positivas: tal fué la nulidad á que nuestra industria quedó reducida. La expulsion de los judíos primero, y luego la de los moriscos, tras de alejar de España á gran número de habitantes, la privó de una poblacion activa y laboriosa. Otra parte enérgica y emprendedora del pueblo se perdió para la Península, ya en las continuas y antinacionales guerras que la errada política de la casa de Austria promovía por toda Europa, ya en los países remotos del Nuevo Mundo donde el entusiasmo religioso y la codicia del oro llevaban á una atrevida multitud. Los conventos sepultaron en su seno infecundo la flor de nuestros campos y la esperanza de nuestros talleres. Las riquezas de América, traídas á España, pasaron por ella como por un canal, para dejarnos la holganza, y llevar á otros climas los estímulos del trabajo, pues ya nos limitábamos á comprar lo que otros fabricaban. La industria que antes animaba nuestras mas célebres ciudades, desapareció de todas, y con la industria la necesidad de las ciencias. ¿De qué servía el estudio del cálculo y de la naturaleza, cuando por un lado no encontraba aplicacion, y por otro era mirado con ceño por los que se habian apoderado de la inteligencia española, á fin de hacerla inerte, apartándola de indagaciones para ellos profanas y peligrosas? Cesó, pues, todo estudio científico, y solo continuó el de la medicina, como indis-

pensable en la sociedad, pero hecho tambien abstractamente y sin los auxilios necesarios para formar entendidos profesores en vez de torpes curanderos.

En suma, la indiferencia general hácia ciertos estudios, el exclusivo predominio de la teología en la direccion del pensamiento, la influencia frailesca, y la opresion á que el ejercicio de las facultades intelectuales quedó sujeto, produjeron esa paralización, esa esterilidad que por tantos años afligió á España en el terreno de la ciencia, ese atraso espantoso que nos llegó á colocar á tal distancia de las demás naciones europeas, que hubo un tiempo en que se dijo que el Africa empezaba en los Pirineos. Sin duda estas naciones tuvieron sus momentos de prueba: en ellas tambien intentó la persecucion cortar los vuelos al pensamiento; pero la gran diferencia estuvo en que la persecucion no hizo mas que atravesar la Europa para fijar su asiento y sistematizarse en España. Unos cuantos mártires no ahogan la voz de la verdad; al contrario, la avivan y hacen brillar con mas radiantes fulgores. Pero la persecucion continúa y organizada, que no descansa, que se extiende á todas partes, que se apodera del hombre desde la cuna para no dejarlo hasta el sepulcro; que está en acecho de todo acto de la libre razon para castigarlo; que al menor asomo de independencia acude con suplicios para reprimirlo; que aun en el hogar doméstico coloca al espía que vigila y denuncia nuestras acciones por poco que se aparten de la senda prescripta; que por último, traza el círculo inflexible dentro del cual ha de permanecer encadenado el pensamiento; esta persecucion, sí, que mata la inteligencia, apaga el genio, y convierte en pigmeos á los que pudieran ser gigantes. ¡Triste resultado del despotismo político y religioso, cuando se unen para secar en su origen las fuentes de la libertad y de los progresos intelectuales!

Así es que causa lástima nuestra patria cuando la consideramos á fines del siglo XVII. Perdida nuestra influencia

política, vencidas nuestras armas, repartido nuestro imperio entre príncipes ambiciosos, despreciados en el orden intelectual, sin prestigio, sin consideracion alguna en Europa, nulos en el campo científico, infecundos en la industria, delirantes en literatura, extravagantes en las artes, la decadencia es completa; y el nombre Español, tan ilustre y venerado un tiempo, no se pronuncia mas que para servir de escarnio.

CAPITULO III.

PROGRESOS EN EUROPA. POSTRACION DE LA ENSEÑANZA PÚBLICA EN ESPAÑA Á PRINCIPIOS DEL SIGLO XVIII. ESFUERZOS PARA MEJORARLA.

MIENTRAS la Península ibérica permanecía en el estado de postracion que acabo de bosquejar, ¿cuán diferente espectáculo presentaban las demás naciones europeas, haciendo rapidísimos progresos en el camino de la civilizacion! Cuando la filosofia aristotélica se apoderó cual soberana del movimiento intelectual, no todos la comprendieron del modo erróneo que hemos visto, y no faltó quien interpretara mejor sus verdaderos principios. A las lucubraciones puramente abstractas y teológicas, supieron algunos reunir la ciencia experimental, naciendo de aquí una série de hombres cuya grande y noble inteligencia contribuyó poderosamente á que por fin triunfára en todos los dominios del saber humano la independendencia del pensamiento. La contemplacion del mundo real y la generalizacion de las ideas, no solo necesitan descansar sobre una gran masa de observaciones, sino que

han menester inteligencias ejercitadas y capaces de desentrañar cuanto esas observaciones encierran. No es dable separar dos cosas que deben caminar juntas para el desarrollo progresivo de la humanidad: la conciencia de la libertad intelectual, y los esfuerzos necesarios para llegar á descubrimientos nuevos en el ancho campo del universo. Observacion, meditacion, he aqui las dos bases sobre las cuales ha de estribar el vasto edificio de los conocimientos humanos, si no se quiere construir una torre deleznable ó un palacio mágico sin realidad alguna. Déjese sola á la observacion, y no recogerá mas que hechos aislados, faltos de enlace entre sí, ó inhábiles para constituir una verdadera ciencia. Empléese únicamente la meditacion, y el entendimiento entregado á sí propio, sin guia en sus delirantes abstracciones, nada producirá que no sea sueño engañoso, origen de errores y demencia. Solo cuando la accion intelectual se ejerce en hechos que ha recogido la experiencia, es cuando se fabrica en terreno firme, y cuando la filosofia, tan lejos de despeñarse en el infecundo materialismo, como de perderse en un iluminismo absurdo, enseña verdades eternas, conduciendo al conocimiento del universo y de las leyes que le rigen, ó revelándonos lo íntimo de la naturaleza humana.

Esa distancia indestructible que media entre el pensamiento y el mundo real, las relaciones entre el alma que conoce y el objeto conocido, dividieron á los escolásticos mismos en dos escuelas célebres, los *realistas* y los *nominalistas*, que durante muchos años se hicieron cruda guerra, ejerciendo estas luchas una influencia incontestable en el establecimiento definitivo de las ciencias experimentales. Después de muchas alternativas, los nominalistas acabaron por vencer; y en su antipatía por lo vago y la abstraccion, insistieron en la necesidad de apelar á la experiencia y de multiplicar los fundamentos sensibles de los conocimientos. Semejante disposicion de los ánimos debió ya favorecer, indirectamente al menos, el cultivo de la ciencia experimental;

mas encontró nuevo apoyo cuando, reinando todavía los principios realistas, la literatura árabe se esparció por los pueblos occidentales é hizo nacer en muchos viva afición á la ciencia de la naturaleza, colocándola como antagonista de la teología que todo lo avasallaba. Asi se vió en los diversos períodos de la edad media prepararse poco á poco por vias tan contrarias como las del idealismo puro y de la experiencia, la grande obra de la regeneracion del mundo. Por una parte, los libres pensadores forman una série que empieza en Juan de Occam y Nicolás de Cusa, y se prolonga por medio de Ramus, Campanella y Jordan Bruno, hasta Descartes; por otra, los naturalistas, médicos, alquimistas, y cuantos mas ó menos directamente se dedican á la ciencia experimental, producen á Alberto Magno, Vicente de Bauvais, Arnaldo de Villanova, Vanhelmont, Paracelso, Raimundo Lulio, y á Rugiero Bacon el mas grande de todos. Las escuelas médicas de Salerno y Montpellier, donde enseñan á la par cristianos, judíos y musulmanes, contrastan con el dogmatismo de las universidades, y van minando el rancio peripato. Las Academias que por todas partes se crean, reuniéndose en ellas los hombres mas doctos, mas activos y celosos en favor de los progresos científicos, son otros tantos focos de luz que contribuyen al mismo fin; y las frecuentes é interesantes correspondencias que entre ellas se entablan, producen un movimiento intelectual inmenso. El descubrimiento de la imprenta, multiplicando y abaratando los libros, los pone al alcance de las mas ínfimas fortunas, ensancha el círculo de las ideas, hace su accion mas poderosa, y lleva hasta el entusiasmo el ánsia de saber que se difunde con rapidez maravillosa. Aun las guerras religiosas, en que no solamente se combate con la espada, sino tambien con la pluma en animadas polémicas, son un nuevo vehículo de civilizacion, y en medio de arroyos de sangre, dan pábulo á la infatigable actividad del entendimiento, que cobrando mas brios, hace alarde ostentoso de sus fuerzas y prodigiosa fecundidad.

A impulsos de este rápido movimiento, llega un día en que no se trata ya de continuar la ciencia con que los tiempos medios se envanecieran. Teniéndola en menos, se la llama á juicio para pedirle cuenta de sus errores, y sujetarla á una reforma radical y profunda. Bacon de Verulamio empieza la obra haciendo el recuento de los conocimientos humanos, clasificándolos metódicamente, y substituyendo al silogismo la lógica de induccion, única verdadera. Descartes, mas atrevido, pone en duda cuanto se habia enseñado hasta su tiempo, lo sujeta todo á riguroso exámen, destruye el edificio de la ciencia, lo construye sobre nuevas aunque imaginarias bases, y dando el golpe de muerte al imperio de la autoridad, establece el de la razon, única guia que ha de seguir desde entonces el entendimiento humano en sus investigaciones. Lanzado este de tal modo en tan fecunda via, no se detiene, y asombra cada vez mas al mundo con nuevos descubrimientos. Copérnico establece el verdadero sistema del universo, Keplero descubre las leyes del movimiento de los astros, y Newton las reduce á la sola ley de la gravitacion. Galileo aumenta el poder de la vista con mágicos instrumentos que abren un inmenso campo á las indagaciones de los astrónomos. Torricelli destruye el antiguo axioma de que la naturaleza tiene horror al vacío, y prueba con el barómetro el peso de la atmósfera. El mismo Descartes aplica el álgebra á la geometría, crea al análisis matemático, que Newton y Leibnitz llevan á su mayor altura inventando el cálculo infinitesimal. A la vista perspicaz del primero de estos dos sábios, revela la luz sus mas ocultos misterios, desplegando mágica el iris de sus variados colores. Locke, tan sagaz como circunspecto, analiza las facultades del entendimiento humano, y explica la verdadera genealogía de la ideas. Linneo pasa revista á todos los seres de la naturaleza, describe sus caracteres exteriores, y se atreve á clasificarlos señalando la cadena que los enlaza á todos. Por donde quiera la razon y la filosofia hacen conquistas

prodigiosas, ensanchan el campo de los conocimientos, y traspasan los límites de la ciencia antigua, fundando otra mas vasta, mas rica, mas cierta en sus doctrinas, mas fecunda en sus portentosos resultados.

En medio de ese inmenso movimiento, España permanece inmóvil; y de tantos descubrimientos, no hay uno que pueda llamarse suyo. Pero ¿qué habia de suceder cuando un poder ominoso tenia encadenadas nuestras facultades intelectuales, y cuando se hallaba emponzoñada la fuente de todos los conocimientos, esto es, la enseñanza? ¿Qué podia ser esta, en vista del cuadro que en el capítulo anterior he bosquejado? La infeliz juventud que se educaba en nuestras escuelas no veia la verdad, aprendiendo solo á venerar como incuestionables los mas absurdos errores. Un latin bárbaro, una metafísica oscura y cavilosa, una teología sistemática é intolerante, una jurisprudencia pedantesca y sin criterio, una medicina abstracta y privada de todo estudio práctico; he aqui los conocimientos que se le suministraban. Abandonadas las ciencias exactas, proscriptas las físicas y naturales, pervertido el gusto en literatura, entronizado el ergotismo, sustituidos los paralogismos á las verdades útiles, reducidas la lógica y la dialéctica al arte de la disputa y de embrollar las cuestiones; no se alcanzaba en las universidades mas que un saber indigesto, confuso, vanamente ostentoso, pendenciero, y estéril en sus resultados; perjudicial, en fin, por hallarse en contradicción con lo que se enseñaba en los demas países de Europa, y servir solo para pervertir las mas aventajadas disposiciones.

Mas no era dado oponer una barrera indestructible al torrente de luz que brotaba por todas partes, y que de vez en cuando rasgaba el velo que la Inquisición tenia echado sobre los españoles, presentando á sus ojos atónitos desconocidos resplandores. El cielo no consiente que permanezcan las naciones en eterna ignorancia; y cuando no les da valor suficiente para salvarse á sí propias, suscita acontecimientos

que á su pesar las lanzan en la carrera del progreso. Uno ocurrió á principios del siglo XVIII, de inmensa trascendencia para España; porque introduciendo al pronto novedades pacíficas y lentas, preparó la revolucion que forzosamente habia de verificarse, pero que por desgracia no se ha llegado á consumir hasta nuestros dias. Necesitábamos mas de una centuria para quitarnos de encima la pesada carga de la ignorancia que los anteriores siglos habian echado sobre nosotros, y comenzar á movernos con alguna libertad en el terreno de la ciencia y la filosofía. El advenimiento de los Borbones al trono de San Fernando, aun mas que en el órden político, hizo desaparecer los Pirineos en el órden intelectual. De entonces empezamos á comunicar con Europa, donde hasta por una pragmática de Felipe II, se nos vedaba educar á nuestros hijos (1); y aunque la masa de la nacion permaneció todavía mucho tiempo ciega y resistente á las nuevas ideas (¡tanto podia en ella la opresion de doscientos años!) hallaron estas numerosos partidarios en mas altas regiones, y celosos apóstoles que no cesaron de predicar la necesidad de acometer las reformas reclamadas por el atraso en que nos veiamos. Poco ó nada consiguieron, sin embargo, hasta muy entrada la segunda mitad del siglo; porque las causas del mal eran harto profundas para que pudiesen extirparse sin grandes y continuados esfuerzos.

He manifestado mas arriba la falta de unidad y concierto que habia en nuestras universidades. Creadas en diferentes tiempos, por distintos personages, no sujetas á un plan uniforme, quedaron entregadas á sí propias y sin relacion alguna entre ellas. Faltó, pues, esa comunicacion de ideas y doctrinas que tanto favorece los progresos de la ciencia, engendrando el estímulo y haciendo cundir, para que se generalice y discuta, lo que en una parte se concibe y encuentra acogida ú oposicion en otras. Cada universidad tenia sus es-

(1) Esta pragmática publicada en 1559, se halla todavía inserta en la Novísima Recopilacion.

tatutos, su plan de estudios y sus doctores; y hasta la fama de su fundador, el empeño en respetar religiosamente su voluntad, el apego á los métodos que introdujera, fortalecía ese espíritu de rivalidad que á todas las hacía mutuamente enemigas. Aisláronse mas y mas, dando oídos únicamente á las sugerencias del orgullo, y adorándose cada cual de tal modo á sí propia, que llegó á creer cifrado en ella sola todo el saber humano: nueva causa de perpetuarse los errores; porque á la obcecación se añadía el tener siempre interesados adalides que obstinadamente los defendían. Encastilladas en sus privilegios, protegidas por sus numerosos discípulos que ocupaban los puestos mas altos del Estado, oponían una resistencia invencible á toda mejora, á todo adelanto, burlándose hasta del gobierno que mas de una vez hubo de cejar en el intento de reformarlas. Por otra parte, debiendo su origen á bulas pontificias, enseñando en ellas eclesiásticos respetados y padres graves de las comunidades religiosas, aparecían á los ojos del vulgo con el carácter de instituciones sagradas, y no era dado tocarlas sin cometer una especie de sacrilegio, sin concitar las iras del mas furioso fanatismo. Decían los enemigos de novedades que las doctrinas proclamadas por los partidarios de la reforma, siendo importadas del extranjero, ofendían nuestra nacionalidad; como si no lo hubieran sido también las que ellos, ignorando su origen, sustentaban: añaden que eran contrarias á los dogmas del cristianismo, conducentes á la herejía; y proclamaban á voz en grito que la fé no podía conservarse en su pureza sin la continuación del escolasticismo que, segun ellos, tanto lustre habia dado á nuestras escuelas. Los métodos establecidos hallaban por esta razon decididos sostenedores en el clero y la inquisición, que á su vez contaban con los doctores universitarios para la censura de los libros y la propagación de las doctrinas ultramontanas, combatidas ya entonces por atrevidos regalistas. Unase á todo eso que el hábito durante siglos contraído de no dedicarse mas que á vanas abstraccio-

nes, inspiraba invencible aversion á los métodos experimentales; teniéndose por fruslerías é inútiles objetos de curiosidad, indignos de hombres graves y sesudos, los resultados de las ciencias físicas y naturales. La iglesia y el foro eran las únicas carreras que merecian estimacion, mirándose con desprecio cuanto no se dirijia exclusivamente á ellas; sin conocer que tambien esas ciencias tan desdeñadas contribuyen á su perfeccion y progreso. Verdad es que la idea de progreso estaba lejos de aquellas cabezas para quienes la filosofia habia llegado dos mil años antes al último término que puede alcanzar el entendimiento humano. Esta fatal creencia era el obstáculo mayor que hallaban entre nosotros las mejoras literarias y científicas; pues ¿qué esperar de un pueblo que, en vez de concebir esas mejoras, se creia en posesion de la verdad, y miraba toda innovacion como un error peligroso, contrario á la religion, y digno solo del infierno? El gobierno, sin decidirse á emprender una marcha firme y resuelta, viendo tan distante aun la posibilidad del éxito, vacilaba y dejaba vacilar la opinion pública, remitiendo al tiempo el cuidado de madurar una obra que, á pesar de su urgencia, necesitaba ocasion oportuna para llevarse á cabo.

Júzguese del espíritu que reinaria en las universidades, y de su oposicion á toda reforma, por lo que sucedió con motivo de una academia que se trató de fundar en Zaragoza. Promoviala el Conde de Fuentes; y con el título de *Buen gusto*, tenia, entre otros, por objeto dar impulso al estudio de las ciencias. Pidióse informe á la universidad de Salamanca que, en un violento dictámen, se desató contra la pretendida reforma de la enseñanza, suponiéndola inspirada por la lectura de Launoy, Fontenelle, Muratori y Verney, hizo la crítica de estos autores, y se ensalzó á sí propia, sosteniendo que en ella no se necesitaban nuevos métodos, por ser bastante la observancia de sus estatutos para aprender las ciencias sin dispendio de tiempo y sin temor de haberlo

consumido en cosas inútiles. Redactó este documento el P. Rivera, trinitario calzado y catedrático de teología, que gozaba de grande autoridad en la escuela, y que para combatir el pensamiento del Conde, dijo que los promovedores de la academia se habian engreido con las lecciones que de arrogancia, mas que de sabiduría, daban los enciclopedistas, comprendiendo entre estos á Heineccio, Rollin y Muratori. El mismo P. Rivera se habia opuesto tambien anteriormente á que se estableciera en Salamanca otra academia de matemáticas que trataba de fundar D. Diego de Torres, quien se lamentaba del olvido en que yacian estas ciencias alli mismo donde antiguamente tan cultivadas estuvieron. En estas dos ocasiones triunfó la opinion del furibundo fraile; y tanto la academia de matemáticas en Salamanca, como la del Buen gusto de Zaragoza, quedaron sin establecerse.

Cuando esto sucedia, sin embargo, se estaba ya en la segunda mitad del siglo XVIII; esto es, eran transcurridos sesenta años de esfuerzos para mejorar el estado intelectual de España, durante los cuales las nuevas ideas, avanzando lentamente, pero con seguro paso, habian labrado una opinion favorable á la reforma, y conquistado numerosos partidarios. Felipe V y Fernando VI, favorecieron ese desarrollo intelectual, aunque tímidamente, creyéndose aun demasiado débiles para contrastar el error y fanatismo. En vano Macanaz se atreve el primero á levantar la voz contra los vicios de nuestros estudios y las exageradas pretensiones del clero: Macanaz sucumbe á pesar de las simpatías que inspira á su soberano. En vano Campillo le imita; y en vano tambien expone Ensenada á su rey la necesidad de reformar la enseñanza universitaria. Ni Campillo ni Ensenada hacen mas que poner el dedo en la llaga sin arriesgarse á emprender su cura. Por fortuna, al poco tiempo de ocupar segunda vez el trono español el primero de los Borbones, álzase un genio atrevido, tanto mas temible cuanto que sale de las filas de los mismos sostenedores del error, y cuya voz es

oída con asombro y entusiasmo por unos, con indignacion por otros. El benedictino Feijóo, como Bacon en Inglaterra, como Descartes en Francia, es en España el destructor de los errores, el precursor de la sana filosofía. Desde el fondo de su celda, ataca todas las preocupaciones; y no es la enseñanza la que menos solicitud le inspira, patentizando sus vicios con tanta moderacion como sabiduría, é indicando las nuevas vias por donde conviene encaminarla. Sus luminosos escritos que la prensa reproduce quince veces, penetran hasta las mas ínfimas aldeas, y difunden por todas partes una luz desconocida. Embravécense con él la ignorancia y el fanatismo; dirijenle sus tiros envenenados; no perdonan ni su religiosidad ni sus virtudes; concitan en su exterminio las iras del Santo Oficio; pero el monarca le protege, y protéjele todavía mas la opinion que se despierta y empieza á ejercer su poderoso influjo en los destinos de la nacion española. Entonces los hombres ilustrados, que en secreto y por sí solos se han formado, aparecen por do quiera, y forman una cohorte á cuyos esfuerzos van cediendo mal su grado los antiguos y obstinados secuaces del oscurantismo, reconociendo al fin que ya se acerca su hora postrimera.

Esta revolucion, que tal puede llamarse, se desenvuelve en el reinado de Carlos III, reinado reformador en todos sentidos, pero con el tino y prudencia que exige el enfermo convaleciente al salir de una larga y penosa dolencia. Aquel gran rey, merced á los esfuerzos de sus antecesores, se encuentra en terreno mas firme, y con una preparacion que le permite ir mas allá en sus benéficas empresas. Concedor de los adelantamientos europeos por su larga residencia fuera de España, y ansioso de introducirlos en sus nuevos estados, llama al rededor de sí á ministros capaces de comprenderlos, y con el ardor necesario para llevarlos á cabo. Grimaldi, Aranda, Roda, Campomanes, Floridablanca, realizan atrevidamente sus proyectos, promueven con celo y fortuna las buenas ideas, destierran los falsos principios que encadenan

la industria y el comercio, sostienen las regalías de la Corona, cercenan el poder de la Inquisición, llevan la reforma á todos los ramos de la administración pública, y dan nueva vida á esta monarquía exánime y postrada, asociándola por fin á la civilización europea. En medio de tantos afanes, no podia la enseñanza ser olvidada por tan ilustrados patricios, y débese en efecto muy acertadas y saludables medidas. Aun respetan, es cierto, por error ó prudencia, la susceptibilidad de las universidades: los hijos no podian ser los matadores de sus madres. Principian aconsejando para mejorar su gusto y desacreditados métodos, inspirándoles mas provechosas tendencias: toman despues, por via de ensayo, algunas disposiciones, que si no cortan el mal, lo atenuan; y por último, se atreven á echar por tierra á los mas pertinaces sostenedores de los abusos universitarios, los colegios mayores; promoviendo al propio tiempo la mejora de los estudios, no por una reforma general y uniforme, que todavía no estaba madura, sino por una série de planes aislados y sucesivos que, sin embargo, envuelven un pensamiento comun, y sirven de preliminar á mas vastos proyectos.

En la grande empresa que aquellos insignes varones acometieron para promover la regeneración de su patria, abrió la marcha la expulsión de los jesuitas, que segun hemos visto, ejercian grande influencia en los estudios, habiéndose apoderado casi exclusivamente de los preparatorios, ó como diriamos ahora, de la segunda enseñanza. Causas mas bien políticas que literarias determinaron aquel extraordinario acontecimiento; pero como con la ausencia de los padres de la compañía, quedaba en la instrucción pública un vacío, el Gobierno se apresuró á llenarlo, nombrando para algunos de los abandonados colegios, á maestros seculares de gran reputación; y viéronse en breve nuevas escuelas que guiaron á la juventud por sendas mas seguras, sobresaliendo entre ellas los Estudios de San Isidro y el Seminario de Nobles de Madrid.

No contento con eso, el ilustrado monarca dió un fuerte impulso á la creacion de los Seminarios conciliares. Hasta entonces, y á pesar de lo mandado en el concilio de Trento, no cumplian los prelados españoles con el deber que los estaba impuesto de establecer casas de educacion para formar un clero ilustrado y de buenas costumbres; haciendo por lo general las veces de seminarios, los colegios de jesuitas, las universidades menores, y los conventos de las diferentes órdenes religiosas. El Gobierno de Carlos III, extinguidos que fueron aquellos colegios, y en su intento de reformar las universidades, creyó que, teniendo el clero tanta influencia en los estudios, no podria hacer cosa mas acertada que interesarlo en su proyecto, creando escuelas eclesiásticas donde, con la cooperacion de ilustrados obispos, se ensayasen mejores métodos y adoptasen nuevos textos, facilitándose de esta suerte la misma innovacion en los demás establecimientos. La experiencia acreditó lo conveniente de esta medida. En los nuevos seminarios quedó desterrado, hasta el punto que era posible, el escolasticismo, y reemplazada la filosofia de Aristóteles por autores modernos mas ajustados en sus doctrinas á los buenos principios de la lógica, de la ética y de la verdadera metafísica. Aun hizo mas Carlos III: quiso que la parte de estas escuelas destinada á los estudios filosóficos tuviese un carácter seglar, poniéndose las cátedras á cargo de maestros tambien seglares y con separacion de la enseñanza teológica. Brillaron entonces entre los seminarios conciliares los de Salamanca, Burgos, Barcelona y Murcia; este último sobretodo adquirió despues gran celebridad por la excelencia y buena direccion de sus estudios, en los que se dió acogida á las mejores doctrinas modernas (1). ¡Dichosos los seminarios y dichosa España, si perseverando en tan buena senda, mostráranse siempre dispensadores de la verdadera ilustracion! Pero en breve se desvia-

(1) Aun se llegó, en 1783, á habilitarle para la colacion de los grados menores.

ron de ella; y en el presente siglo han ofrecido un cuadro harto lastimoso, uniendo á los malos estudios pretensiones exageradas que no cuadran ni con su índole ni con las tendencias de la época.

Las anteriores medidas no fueron mas que una parte del plan adoptado por los ministros de Carlos III para promover el desarrollo de las nuevas ideas, creando establecimientos de diferentes clases, todos útiles, pero todos fuera del sistema universitario, con mas ó menos influencia en la opinion pública y en la numerosa juventud que bajo este sistema se educaba. En la imposibilidad de destruir al enemigo atacándolo de frente, se empleaban medios indirectos, y se minaban poco á poco sus fortalezas, hasta que se vinieran al suelo por sí mismas. Asi se conseguia que asomando la luz, y penetrando por todas partes, empezase á luchar con las tinieblas, arreciando cada vez mas este combate que, en medio de su varia fortuna, procuraba frecuentes victorias á la verdadera cultura, y con la repeticion de estas victorias, preparaba el triunfo completo de la razon y la filosofia.

Ya Felipe V y Fernando VI, habian fundado las academias de la Lengua, de la Historia y de Nobles artes, que restablecian el gusto y se afanaban por ilustrar nuestras antigüedades, recogiendo numerosos documentos sepultados en el polvo de los archivos. Carlos III, imita á sus predecesores creando otras muchas corporaciones literarias y científicas, asi en Madrid como en las provincias, para la propagacion de las buenos principios en las ciencias eclesiásticas, jurisprudencia y medicina. Pero las que mas influencia ejercen en la ilustracion general, y mas contribuyen á la mejora intelectual y material de los pueblos, son las Sociedades económicas, pensamiento feliz, indicado ya por Macanaz cuarenta años antes en sus luminosos escritos, y que estableciendo en los principales puntos del reino centros de reunion para los hombres ilustrados, les permite dirigir sus esfuerzos de consuno al noble fin de propagar las luces y pro-

mover la prosperidad nacional. Verdadera expresion del movimiento intelectual de aquella época, las sociedades económicas, no solamente promueven la agricultura, la industria, el comercio, sino que producen una comunicacion de ideas, un espíritu de discusion, un entusiasmo científico á que no estaban acostumbrados los españoles. Los buenos principios se difunden; se buscan y leen con avidéz las obras útiles cuya existencia no se sospechaba siquiera; se escriben memorias que dan á conocer al pueblo sus verdaderos intereses; se introducen métodos ignorados en las artes y oficios; se crean escuelas de dibujo, matemáticas, lenguas vivas y comercio: en fin, al impulso benéfico de estos cuerpos patrióticos, se desarrollan todos los elementos del bienestar, disipándose los errores que por tanto tiempo estaban retrasando en este país la marcha de la civilizacion.

Con no menos fervor y buen éxito se asocian á esta empresa los Consulados y Juntas de comercio compuestas de personas que por su modo de vivir y sus negocios, se hallaban menos sujetas á las preocupaciones vulgares y en disposicion de ver y apreciar lo que pasaba en los países extranjeros. A sus esfuerzos se deben numerosas escuelas de primeras letras, aritmética mercantil, náutica y otras que igualmente contribuyen á propagar los conocimientos útiles, coadyuvando de esta suerte á las miras del Gobierno.

Este, por su parte, crea las escuelas militares y de guardias marinas, donde las ciencias exactas, desterradas de las universidades, se llegan á cultivar con esmero y aprovechamiento. A par de ellas florecen las físicas, que encuentran tambien seguro albergue en el Colegio de artillería de Segovia, en los Estudios de San Isidro de Madrid; en el Seminario de Nobles, en el de Vergara, en el Instituto Asturiano, establecimientos todos que forman una brillante juventud, lejos de las preocupaciones universitarias, preparándola á los altos destinos que en épocas no lejanas y tormentosas le estan reservados para honra y prez de su patria.

Ricamente dotadas estas escuelas en gabinetes, laboratorios, instrumentos y excelentes profesores, nada les falta para que el estudio se haga con toda la perfeccion que aquellos tiempos permiten, y ofrecen objetos nuevos, que si se miran con desden por nuestros envanecidos doctores, son la esperanza de cuantos se interesan en los adelantamientos sociales.

Y no podian las ciencias naturales ser olvidadas por un gobierno que así se afanaba en introducir los conocimientos útiles tanto tiempo postergados. Antes bien, acaso es aquella la época en que mas se ha hecho por ellas en España. Madrid vé abrirse junto á su mas concurrido paseo un hermoso jardin botánico que rápidamente crece á los cuidados de célebres naturalistas; y Pamplona, Zaragoza, Barcelona, Valencia, Cádiz, siguen en esto el ejemplo de la Corte. Numerosos objetos de zoologia y mineralogia se depositan en un gabinete donde esperan se concluya el suntuoso palacio que se edifica para colocarlos dignamente, palacio que despues les han usurpado las bellas-artes. Finalmente, en las alturas del Retiro se eleva un elegante observatorio astronómico, que, sin embargo, hasta nuestros dias no habia de verse terminado.

La medicina, en vista de esas mejoras que tambien redundan en su progreso, hace esfuerzos para salir del círculo estrecho á que la tenian reducida nuestras antiguas escuelas. Los tres colegios de Cádiz, Madrid y Barcelona, abren á la cirujía un campo desconocido donde las disecciones anatómicas y demás ejercicios prácticos de la ciencia son tan frecuentes como escasos en las universidades; y en estas nuevas escuelas campean los métodos, los autores, los conocimientos que mas séquito lográn en Europa, preparando así la completa reorganizacion de la ciencia de curar, y propagando multitud de ideas fisiológicas, no solamente ignoradas, sino que hasta hubiera sido peligroso años antes publicar.

En virtud de estos esfuerzos, se despierta la aficion de

los españoles á las ciencias positivas, probando que tambien son capaces de sobresalir en ellas. Bien se necesitaba; porque tan grande y lastimoso era nuestro atraso, que ni idea habia quedado á fines del reinado de Cárlos II. de los conocimientos que mas influyen en la prosperidad de las naciones. Entonces dos flamencos, los hermanos Grunemberg, propusieron abrir un canal de riego con las aguas del Manzanares, y túvose por quimera semejante proyecto que se impugnó á la manera de las conclusiones universitarias. Llamábanse astrólogos y alquimistas á los que se ocupaban en la astronomía y la física, reduciéndose las aplicaciones de las ciencias exactas á la indispensable formacion del calendario y al lunario perpétuo con sus pronósticos y ridículos juicios del año; y si se emprendian algunas obras públicas que necesitasen el auxilio de tales conocimientos, se echaba mano de extranjeros, lo mismo que en arquitectura y en las construcciones navales. Habiendo encargado Felipe V, al bibliotecario Ferreras que diese á conocer en los periódicos extranjeros los trabajos de los españoles en ciencias y artes, renunció este su comision manifestando que, de mucho tiempo atrás, no se veia en las obras que publicábamos nada que pudiese llamar la atencion en este punto, pues todas versaban únicamente sobre teología escolástica y materias abstractas. Todavía muchos años despues se lamentaba D. Benito Bails, en el prólogo que puso á su tratado de matemáticas, de lo peregrinos que eran en España estos conocimientos.

Muy distinto fué el papel que empezamos á hacer en el mundo científico á fines del reinado de Cárlos III y durante el de su hijo Cárlos IV que en este punto continuó la obra de su predecesor. D. Jorge Juan y D. Antonio Ulloa, son asociados á la medicion de un arco del Meridiano en el Perú, como posteriormente lo fueron los astrónomos Rodriguez y Chaix á igual operacion en las costas del Mediterráneo. El primero de aquellos dos distinguidos marinos publica, á la vuelta de su expedicion, obras notables, particularmente su

tratado sobre construcciones navales que tanta celebridad le grangeó en Europa. Él y su compañero Ulloa, comunican un grande impulso á las matemáticas, siguiéndoles los PP. Eximeno, Casal y Tosca, juntamente con Rosell, Cedi- llo, Bails, Tofiño, Mazarredo y otros que dan á luz traba- jos apreciables, y hasta tratados extensos de estas ciencias. D. Tomás Lopez y el citado Tofiño, ilustran la geografia con obras excelentes, siendo aun muy apreciadas las del úl- timo para fijar el derrotero de las costas del Mediterráneo. Martinez, Cervi, Piquer, Virgili, Barnades, Casal, Luque y mas tarde Severo Lopez, representan dignamente la me- dicina española, contribuyendo con sus escritos al nuevo esplendor que la realza. Dávila y Bowles, reúnen preciosas colecciones de objetos naturales; y Quer, Ortega, Palau, Barnades, Cavanilles, cultivan con honra la botánica. Ruiz y Pavon pasan al Perú y forman la flora de aquella region interesante; mientras Sesé, Mutis y Mociño hacen lo propio en Méjico y otros paises del Nuevo Mundo: trabajos precio- sos que estan, los unos perdidos, los otros inéditos todavía. Ortega y Proust ejecutan en sus laboratorios interesantes indagaciones químicas. Malespina emprende alrededor del mundo un viaje científico de provechosos resultados. La escuela de ingenieros civiles da esperanza de que al fin las obras públicas no necesitarán recurrir á los extranjeros. El cuerpo de cosmógrafos promete un risueño porvenir á la geografia. El observatorio de la Isla empieza á sacar á la astronomía de su lastimoso abandono; y Tofiño, Ma- zarredo, Mendoza, Alcalá Galiano, Ciscar, Luyando, Ulloa, publican observaciones y obras magistrales. Final- mente, numerosos pensionados que envia el gobierno á los paises extranjeros, prometen un plantel de jóvenes destina- dos á honrar su patria en las ciencias que hasta entonces solo desprecio habian merecido. Por desgracia, los aconte- cimientos políticos vinieron á paralizar este movimiento.

Entretanto, gran copia de escritores en toda clase de

conocimientos unen sus esfuerzos á los de aquellos sábios para crear la nueva época de ilustracion que con tanto entusiasmo se inauguraba. Basta leer la biblioteca de Sempere y Guarinos, para conocer la grande actividad literaria que se desplegaba entonces, y los adelantamientos que ya se conseguian. Acércanse á trescientos los autores que en aquella obra se citan, omitiéndose los de menor valía, y habiendo entre ellos algunos que han adquirido justo renombre, y se cuentan hoy entre las mas puras glorias literarias de España.

Era imposible que semejantes resultados se alcanzasen sin que á la imprenta se le diese una libertad no conocida. Asi sucedió; y con tal de que conservára siempre el debido respeto á la religion y á las doctrinas monárquicas, se la permitió tratar de todas las materias. Anteriormente no se daban á luz mas que indigestas compilaciones, glosarios confusos, con que teólogos y leguleyos abrumaban en enormes volúmenes las desquiciadas prensas; pues hasta la tipografia habia llegado á un estado que corria parejas con la literatura. Sermones en que el culteranismo, la hinchazon y falsa agudeza ponian en ridículo los mas altos misterios; leyendas místicas, vidas de santos donde la devocion daba crédito á las mas absurdas patrañas; obras tan extravagantes como *El ente dilucidado* y *El temporal y eterno*, amenizaban solo aquel fárrago insufrible, formando la lectura ordinaria de la mayor parte de los españoles. Los escritores del tiempo de Fernando VI y Carlos III no solo abandonan tales engendros de la ignorancia, de la pedanteria y del fanatismo, sino que los combaten con ánimo resuelto, proclaman doctrinas enteramente nuevas, patentizan el atraso en que la nacion se encuentra, y claman sin rebozo alguno por la reforma de los abusos en todos los ramos del saber. Mas eruditos que filósofos, menos elegantes en la manera de expresarse que nutridos de pensamientos útiles, dando pruebas sobre todo de un celo y patriotismo

dignos del mayor elogio, fueron en general lo que conviene á épocas de reaccion literaria en que se intenta destruir lo existente, sin alcanzar todavía á construir edificios duraderos. Pocos son los que, leídos ahora, han conquistado un puesto eterno en nuestra literatura; pero todos merecen gratitud por los nobles esfuerzos que hicieron y por sus útiles trabajos, muchos de los cuales pueden todavía consultarse con provecho.

El Gobierno, lejos de contener este impulso, lo protegía y regularizaba. Cercenó las facultades del Santo Oficio, y en sus órdenes sobre imprenta proclamó principios que estaban mas en armonía con los preceptos de una sana y bien entendida libertad. A favor de este ilustrado apoyo, nació entonces y fué creciendo tambien la imprenta periódica, desconocida en España antes del reinado de Carlos III, si se exceptuan los escasos é insignificantes papeles oficiales. Aquel monarca permitió que el periodismo fuese cobrando alas; y tanto en Madrid, como en las provincias, aparecieron numerosos diarios que propagaban multitud de ideas y conocimientos útiles, favoreciendo poderosamente el progreso científico y literario. A esta clase de trabajos se dedicaron hombres que, si bien no figuraban en primera línea, se hallaban dotados de suma actividad, de un gran deseo de mejoras, y sabían aprovechar para su objeto los escritos de todos los sábios, así nacionales como extranjeros. Tímidos en cuanto á reformas políticas, no así lo fueron respecto de las económicas, administrativas, científicas y literarias. Aquel miramiento era preciso bajo un gobierno absoluto: ni convenia tampoco tocar ciertas materias; porque despertando los recelos del Gobierno, que antes de la revolucion francesa descansaba en paz sobre este punto, tal vez se provocáran providencias severas respecto de las permitidas, procediéndose además con ingratitud visible. Pero las ideas políticas que engendraron aquella revolucion cundian al propio tiempo en España. Las obras de los enciclopedis-

tas se hallaban en manos de todo el que, formado con la lectura de los demás escritos, conocia nuestro atraso, abrigando en su corazon el deseo de que marchásemos con mas velocidad por el camino de la civilizacion; y cuando la invasion francesa nos dejó libres y entregados á nosotros mismos, vióse que los partidarios de las mudanzas en la constitucion del Estado eran mas numerosos y fuertes de lo que podia esperarse. Entonces la prensa periódica se declaró desembozadamente reformista; y á excepcion de los pocos que tambien se valieron de ella para volvernos á la opresion antigua, y sostener instituciones que ya se caian á impulsos de sus animosos enemigos ó de su propia vetustez, la gran mayoría de los escritores contribuyó eficazmente á preparar las innovaciones que en nuestros dias hemos visto realizadas.

Pero estas consideraciones, aunque rápidas, me han llevado mas allá de mi objeto y de la época en que me hablaba. Volvamos á la instruccion pública, y veamos como por medio de sucesivas reformas, ha llegado á la situacion en que hoy se encuentra. Contraido, empero, en esta primera seccion, á ideas generales, reservo para las siguientes entrar en los pormenores que han de completar el conocimiento de lo hecho en cada facultad y en los diversos ramos y establecimientos que constituyen la enseñanza.

CAPITULO IV.

PLANES DE ESTUDIOS DESDE 1771 HASTA LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.

PREPARADA, como hemos visto en el capítulo anterior, la reforma de los estudios, el año de 1771 la vió principiar, con timidez todavía, pero obrando ya el Gobierno de un modo directo, y colocándose respecto de la instruccion pública en una situacion que nunca habia ocupado anteriormente. Limitábase hasta entonces á ejercer el derecho de inspeccion, enviando de tarde en tarde á ciertas universidades algun consejero ú otra persona importante para que las visitase y propusiera las mejoras que en su concepto podian introducirse en los estatutos; mejoras limitadas siempre á puntos subalternos, porque aquellos se respetaban hasta donde lo permitian las necesidades de los tiempos, mas poderosas que el apego á las instituciones antiguas. Los nuevos estatutos, á que se daba el nombre de *Reales Reformes*, seguian paso á paso los antiguos, reproduciendo sus artículos en el mismo orden, y contentándose con hacer en estos las mudanzas que parecian convenientes; de suerte que conservándose los primeros, á que los nuevos se referian, lejos de aspirar á una mudanza radical, se procuraba dar á entender que aun permanecia viva y en toda su fuerza la mente del fundador.

Poco á poco, sin embargo, el Consejo de Castilla se habia ido ingiriendo cada vez mas en los asuntos universitarios, arrogándose nuevas facultades, como la de nombrar ó aprobar á los catedráticos, y proponer variaciones en algunas enseñanzas, ya á guisa de mero consejo, ya en tono preceptivo; pero jamás se vió al Gobierno imponer á una universidad, cuando menos á todas en general, un plan de estudios ó un arreglo interior que modificara sustancialmente su modo de existir. Aun en la época á que hemos llegado, despues de haber hecho la opinion tantos progresos en el terreno de las nuevas ideas, á pesar del descrédito de aquellos viciados establecimientos, y contra el clamor unánime de todas las personas ilustradas, conservaban tal poder las causas de resistencia arriba enumeradas, que ministros de tanta resolucion como Aranda y Roda, no se atrevieron á echar sobre sí la responsabilidad de la iniciativa, ni menos á publicar una reforma general y completa.

Este pensamiento se hallaba, empero, en la mente del Gobierno, como lo prueban varias disposiciones publicadas por aquel tiempo. Una de ellas, y la mas importante, sin duda, fué la creacion de Directores para las universidades, decretada en 14 de Marzo de 1769, y en la cual habia una tendencia no disimulada á concentrar en manos de la autoridad suprema el gobierno de las escuelas, y á preparar los medios de verificar en ellas reformas de mas consideracion que las hasta entonces intentadas.

Promovieron esta medida los fiscales del Consejo, que lo eran á la sazón D. Pedro Rodriguez Campomanes, y D. José Moñino despues Conde de Floridablanca. Debia recaer el nuevo cargo en Ministros del Consejo que no hubieran estudiado en la universidad para la cual se les nombraba; y eran amplisimas las facultades que se les concedian. No solo habia de entregarse al Director una coleccion de todos los estatutos, capítulos de visita, reformes y demás disposiciones relativas á la escuela, sino tambien el índice de cuantos pa-

peles contuviese el archivo, y el de las causas pendientes en el juzgado académico. Disponíase que el rector remitiera una nota mensual de todos los acuerdos del claustro, pudiendo el Director pedir los documentos que tuviere á bien para formar juicio de ellos, y dar cuenta al Consejo. Encargábase al mismo Director se enterase del estado de la universidad, á fin de conocer su progreso ó decadencia, y las causas de que provenia, con los remedios aplicables; debiendo advertir si la decadencia nacia de la fundacion y de sus estatutos, por la variacion de los tiempos y sus circunstancias, que pidiesen alteracion; ó si dimanaba de alguna prepotencia, ó providencia sobre hechos ó principios equivocados, ó de inoportunas preces, ó del abuso, inobservancia ó mala inteligencia de la misma fundacion, reglas ú órdenes vigentes. Prohibíase conceder dispensa alguna sin dar parte al Director para la resolucion del Consejo, oido el fiscal. Mandábase al mismo funcionario velar sobre el nombramiento de rectores para enmendar los abusos que en él se cometieren, y tambien sobre los propios rectores en el desempeño de sus obligaciones. Se le prescribia averiguar las rentas de la universidad, cuidando de su exacta recaudacion y manejo; y proponer los medios de acrecentar los fondos, de mejorar los edificios y bibliotecas, y de estimular con premios á los escolares. Finalmente, se le concedian otras muchas facultades para asegurar el orden y la verdad en los estudios, la exacta expedicion de las certificaciones de curso, el rigor en los actos y grados, y la mas perfecta observancia de cuanto tiene relacion con el régimen académico: de forma, que de haberse cumplido exactamente lo prevenido en aquella Real cédula, hubiera quedado establecido un sistema completo de centralizacion, y aniquilada la independenciam de las universidades, pasando toda la autoridad al Consejo (1).

(1) Como parte de este sistema centralizador deben considerarse tambien la creacion de los Censores regios en 1770, y las instrucciones que se les dieron en

1784, que por notables merecen citarse, y son estas:

1.ª Cuidará el Censor regio de no aprobar conclusiones puramente refle-

Estas disposiciones anunciaban el intento de proceder con mano fuerte en la reforma de las universidades, é hicieron concebir la idea de que en breve tendria término el desórden de los estudios; mas no aparece que en la práctica produjesen resultado alguno, ni que los Directores cumplieran con el importante encargo confiado á su celo y cuidado. Educados todos en el sistema que se trataba de destruir, faltábales conviccion y voluntad, hallábanse ligados por numerosos compromisos, interesados en la conservacion de los abusos; y poco ó nada hicieron de lo que la Real cédula prevenia; debiéndoles tambien arredrar la resistencia que á su cumplimiento opusieron las universidades. Quedó la institucion del Director reducida á un cargo puramente honorífico, un vano título con escasa autoridad; y si algo se consiguió, fué solo descubrir el pensamiento que animaba á los reformadores, dar el grito de alarma, y poner sobre aviso á los interesados en la conservacion de los antiguos métodos.

Y tenian razon; porque estos métodos no tardaron en verse amenazados, cuando á los pocos meses de creados los Directores, el Gobierno anunció su resolucion de reformar los planes de estudios; y aun antes de dar este paso, descubrió claramente cuáles eran sus ideas y tendencias, aprobando en 22 de Agosto de 1769 el proyecto presentado por D. Pablo Olavide para la universidad de Sevilla.

jas, en que no verse la sólida y verdadera instruccion de la juventud.

2.^a No consentirá se defiendan *pro Universitate et Cathedra* las cuestiones y materias que no sean conformes á la asignatura de la cátedra del que la presida.

3.^a Reprobará las que se opongan á las Regalías de S. M., leyes del Reino, derechos nacionales, Concordatos, y cualesquiera otros principios de nuestra Constitucion civil y eclesiástica.

4.^a No permitirá se defienda ó enseñe doctrina alguna contraria á la autoridad y Regalías de la Corona; dando cuenta al Consejo de cualquiera contravencion para su castigo.

5.^a No admitirá conclusiones opuestas á las bulas Pontificias, y decretos Reales que tratan de la Inmaculada Concepcion de Nuestra Señora.

6.^a No consentirá se sostenga disputa, cuestion ó doctrina favorable al tiranicidio ó regicidio, ni otras semejantes de moral laxa y perniciosas.

7.^a Reveerá con particular cuidado las dedicatorias, así en la substancia como en los dictados y ponderaciones; pues reduciéndose á imitar una carta en que se dirijen las tesis al patrono que se elije por Mecenas, es cosa ridicula declinar en alabanzas cansadas, y en aduclaciones manifiestas; método muy contrario á la simplicidad filosófica de un literato, que debe explicarse sin afectacion y con naturalidad en términos decentes y concisos.

8.^a Ultimamente, procurará el Censor que la latinidad de las conclusiones sea correcta y propia, sin antiblogias ni obscuridades misteriosas.

Era Asistente de aquella ciudad este célebre repúblico, cuando con motivo del informe que le pidió el Gobierno sobre el destino que convendría dar á los edificios que en la misma poblacion habian dejado vacantes los jesuitas, propuso, en union con el Arzobispo y el Regente de la Audiencia, trasladar la universidad á la casa profesa de aquellos regulares, presentando al propio tiempo un nuevo plan de estudios; plan notable, no solo por las variaciones que introducía en el sistema de enseñanza, sino todavía mas por las razones en que lo apoyaba, siendo el mas furioso ataque dado hasta entonces á los caducos cuerpos académicos cuyos vicios y funestos efectos en la sociedad española se manifestaban con tanta claridad como elocuencia. La importancia de este documento me obliga á citar gran parte de su contenido.

Principia observando que en el estado que tenían entonces las letras en España, no bastaban paliativos para conseguir que floreciesen las ciencias, porque no se curan las gangrenas con colirios, sino con cauterios; y que era necesario extinguir la parcialidad, el espíritu de partido, el escolasticismo, la division de escuelas, la prepotencia de unos cuerpos sobre otros, la perversion del raciocinio, la futilidad de las cuestiones, y demás vicios que infestaban la enseñanza; vicios que no podían exterminarse sino sacándolos de raíz, y creando, por decirlo así, de nuevo, las universidades y colegios, con la adopcion de principios contrarios á los establecidos. Añade que para restituir la nacion al antiguo esplendor literario de que habia decaído, y ponerla al nivel de las demás que le llevaban dos siglos adelantados, urgía dar nueva planta á nuestros estudios, á fin de que los genios españoles, siempre felices y vivos, sobrepujasen á los extraños, como lo hicieron en los antecedentes tiempos. Insiste en la necesidad de dar dos pasos esenciales: el primero, remover todos los estorbos que impedían el progreso de las ciencias, destruyendo el mal espíritu introducido, y rectificando todo lo que habia de vicioso en su método y admi-

nistracion; y el segundo, establecer los buenos estudios, nuevos entonces, pero los únicos útiles y capaces de hacer progresar la nacion. Finalmente, demostrando que se habian apoderado de las universidades dos espíritus, el de partido ó de escuela, y el escolástico: «Con el primero, dice, se han hecho unos cuerpos tiranos de otros, han avasallado á las universidades, reduciéndolas á vergonzosa esclavitud, y adquirido cierta preponderancia que ha extinguido la libertad y emulacion; con el segundo se han convertido las universidades en establecimientos frívolos é ineptos, pues se han ocupado en cuestiones ridículas, en hipótesis quiméricas y distinciones sutiles, abandonando los sólidos conocimientos de las ciencias prácticas que son las que ilustran al hombre para invenciones útiles, y despreciando aquel estudio sério de las sublimes que lo hacen sincero, modesto y bueno, en vez de que los otros, como fútiles é insustanciables, lo vuelven solo vano y orgulloso.»

Discurriendo despues sobre los efectos de uno y otro espíritu, manifiesta que el de partido era el caracter que distinguia á la nacion, en esta forma: «Parece que España es un cuerpo compuesto de muchos cuerpos pequeños, destacados y opuestos entre sí, que mútuamente se oprimen, desprecian y hacen una continúa guerra civil. Cada provincia forma un cuerpo aparte que solo se interesa en su propia conservacion, aunque sea con perjuicio y depresion de las demás. Cada comunidad religiosa, cada colegio, cada gremio se separa del resto de la nacion para reconcentrarse en sí mismo. De aqui viene que toda ella está dividida en porciones y cuerpos aislados con fuero privativo, con régimen distinto y hasta con trajes diferentes, siendo la resulta de esta segregacion que el militar, el letrado, el colegial, el religioso, el clérigo, solo son lo que su profesion indica, pero jamás ciudadanos. De aqui nace este espíritu de cofradía con que el pueblo, desde el alto al bajo, se divide cada uno en su clase y quiere distinguirse hasta en el culto. Y proviene

al fin aquel fanatismo con que tantos han aspirado á la gloria de fundadores, queriendo cada particular establecer una república aparte con leyes suyas y nuevas: vanidad que se ha introducido hasta en la religion y en la libertad de los que mueren; pues llenos de esta idea, antes han pretendido fundar un hospital, una casa de recogimiento, ú otra institucion piadosa, que mejorar ó aumentar las establecidas por otros.... Por estos principios se puede hoy mirar la España como un cuerpo sin vida ni energía, por estar compuesta de miembros que no se unen entre sí, sino que cada uno se separa de los demás, perjudicándoles en cuanto pueden para exaltarse á sí mismo; como una república monstruosa formada de muchas pequeñas que recíprocamente se resisten, porque el interés particular de cada una está en contradiccion con el general; como una máquina inerte, sin union ni fuerza, porque le falta el principal resorte de la emulacion; á quien ha extinguido la prepotencia, pues estando todos los individuos en guerra de poder unos con otros, se reducen á la triste alternativa de opresores ó de oprimidos, dando el tono los que llegan al mando. Tal vez todos los empleos se confieren á los naturales de una provincia con exclusion de las demás; tal vez los obtienen solo los colegiales, desatendidos todos los otros estudiantes; tal vez el servicio de tierra se exalta con abandono del de marina, y al contrario. Un gefe en poder determina el giro de las cosas; y de aqui nace que cada particular, á quien no gobierna sino su propio interés, se concentra cuanto puede con su cuerpo, y se enciende en todos el espíritu fanático de partido que apaga el nacional. Cada uno es militar, es eclesiástico, es colegial tan exclusivamente, que desprecia á los otros, y nunca es español: se extingue el amor de la pátria, no se entra en la idea de la nacion; y cada cual es tan frio é indiferente para el bien de su pais, como ardiente y determinado para el de su profesion.»

Y contrayéndose á la enseñanza, añade: «Por varios

medios se apodera el espíritu de partido de los estudios, ya en la fundacion de colegios que al fin se han levantado con llamarse y ser mayores, pues han tiranizado á los otros y aun á las mismas universidades á quienes han dado rectores necesarios; y ya con la odiosa invencion de las escuelas en que, adoptando cada gremio ó comunidad sobre cuestiones inútiles y abstrusas una opinion particular, se forma un partido que se sostiene con empeño, versándose en asuntos que era mejor no se estudiasen, pues se abandonan por ellos los estudios útiles y sérios. En la actual constitucion de las escuelas es preciso ser tomista, jesuita, baconista, escotista, segun los maestros que el acaso ó la proporcion presentan; y se defiende con tenaz obstinacion una doctrina que, sin ilustrar ni aun ocupar el entendimiento, pasa á desazonar la voluntad. Es visible quanto contra el espíritu de la caridad cristiana indisponen estas frivolas disputas los ánimos de los profesores, enconándolos y produciendo un desprecio mútuo y una discordia que los tiene siempre en continua guerra; cuyo desafecto no se queda en los colegios, sino que depositado en el corazon, sigue á todas las profesiones, y abraza todos los estados de la vida, hasta el de la edad mas sería.»

Hablando de los estragos del mal entendido escolasticismo, se expresa Olavide de esta suerte: «Pero aun todavía consideramos por mas perjudicial al progreso de las letras el segundo espíritu que es el escolástico; pues si el primero ha podido pervertir los ánimos, este ha pervertido ciertamente el juicio. Este es aquel espíritu de error y de tinieblas que nació en los siglos de la ignorancia, en la que mantuvo por mucho tiempo á la Europa, y despues no se la han podido sacudir enteramente algunas naciones hasta el siglo pasado, época feliz de la resurreccion de las ciencias. Esta gran revolucion se debió á un solo hombre que no hizo otra cosa que abandonar el método aristotélico ó escolástico, subrogándole otro geométrico. Este dió á las ciencias nueva

forma, desterrando las frívolas cuestiones escolásticas, y buscando con orden práctico y progresivo aquellos conocimientos útiles y sólidos de que es capáz el ingenio humano. Por nuestra desgracia, no ha entrado todavía á las universidades de España ni un rayo de esta luz; y mientras las naciones cultas, ocupadas en las ciencias prácticas, determinan la figura del mundo, ó descubren en el cielo nuevos luminares para asegurar la navegacion, nosotros consumimos nuestro tiempo en vocear las cualidades del *ente* ó el *principium quod* de la generacion del verbo. Este escolasticismo peca en su objeto y en su método: en su objeto, porque siempre se versa en cuestiones frívolas ó inútiles; pues ó son superiores al ingenio de los hombres, ó solo de nombre, incapaces de traer utilidad, aun cuando fuese posible demostrarlas. Peca en su método, porque en lugar de buscar la verdad por medios simples y geométricos, la presume hallar por una lógica enredada, capciosa, y llena de sofismas que obscurecen el entendimiento, lo acostumbran á racionios falsos y á desviarse de la misma verdad, contentándose con palabras y con ciertas distinciones que se llaman sutiles y son ineptas; llegando la desgracia á tal punto, que se ha dado el nombre de agudeza á este continuado delirio de la razon. Asi es que este estudio de las universidades empieza por pervertir el entendimiento; y el primer mal oficio que hace á todo estudiante es obligarle á perder aquella lógica justa y natural con que nace todo hombre dotado de mediana razon. De aqui procede el haber salido de las universidades el espíritu escolástico á derramarse por toda la nacion, infestando sus profesiones y clases: del mismo principio ha nacido el falso gusto que en todos asuntos la domina; el no verse que en ninguna profesion se llene debidamente su objeto, ni que clase alguna esté en su lugar. De este mismo espíritu son hijos los muchos malos sermones que se predicán, en que perdiéndose de vista la séria elocuencia que exige la magestad del púlpito, todo el empeño se reduce á

proponer un asunto absurdo, paradójico é improbable, para persuadirlo escolásticamente con textos violentados y con toda la forma que lleva el *ergo* en las escuelas. Igualmente lo son los bajos y triviales alegatos en derecho y extemporáneos que hasta ahora pocos dias hacian los abogados, aun en los tribunales de la corte. Tambien lo son las malas comedias y pésimas poesías en que todo se dá á la sofisteria, al equívoco y juego de palabras, y nada á la solidez ni á la razon. Del mismo origen proviene la imperfeccion y groseria de todas nuestras artes, que gobernadas por un espíritu falso, no pueden elevarse á los luminosos principios que las adelantán. Nace tambien ese espíritu superficial que se observa aun entre las mugeres y el bajo pueblo, á quienes se oye hablar con el estilo pedante de las escuelas, soliendo usar de distinciones capciosas que desfiguran la verdad, y manejar el sofisma sin arte y por ejemplo; y sobre todo, nace el detestable abuso con que se ha querido desconocer la religion hasta en su parte moral, corrompiendo la simplicidad y pureza de los preceptos evangélicos; pues á la sombra de sus distinciones escolásticas y quiméricas restricciones, han pretendido eludir la fuerza de los divinos mandamientos, introduciendo opiniones relajadas, y haciendo de la santa moral de Jesucristo un asunto de controversias escandalosas ó pueriles. No se ha contentado este mal espíritu con viciar la filosofia y corromper la teología, convirtiéndolas en unas ciencias de palabras vanas y de especulaciones fútiles; tambien ha contagiado á la jurisprudencia, la que por su instituto que no es otro que el de buscar la razon moral de las cosas para la distribucion de la justicia, parece debia haberse preservado de aquel daño; pues ha tenido tanta influencia en nuestros estudios, que ha envuelto tambien en su confusion las materias del derecho civil, pues hoy no son mas que cuestiones de la misma especie. Lo mas extraño es que la medicina, ciencia práctica, cuyo objeto no puede ser otro que el de conocer las enfermedades para curarlas, ni tener

mas principios que los de la experiencia, sin dejar la observacion de la mano para seguir á la naturaleza, ha abandonado por el mismo vicioso influjo estas respetables guías, se ha entregado á la disputa frívola, al raciocinio falso, y se ha hecho ciencia de quiméricas probabilidades y sofismas, poniéndose al nivel mismo que las demás. La resulta de todo esto ha sido el haberse hecho inútiles los estudios de las universidades; que despues de acabados los cursos, ningun estudiante se hace filósofo, teólogo, jurisperito, ni médico; que cada uno se halla precisado á empezar nueva carrera y nuevo estudio para practicar de algun modo su profesion. Y ¡ojalá que solo fuesen inútiles! Lo peor es que son perjudiciales; porque salen los jóvenes con la razon pervertida, con el gusto viciado, con el juicio acostumbrado á raciocinios falsos. Impresiones tenaces, que contraidas en la primera educacion, suelen durar el resto de la vida; siendo necesario un genio sobresaliente para rectificar despues las ideas con el uso del mundo y mejores estudios: pero este número suele ser muy corto.»

Esta demostracion de los vicios de nuestras escuelas y de su funesta influencia en todas las carreras, si bien labraba el convencimiento en el ánimo de los ilustres varones que entonces se hallaban al frente de la administracion, excitaba la bilis y enardecia el furor de los que, preocupados y fanáticos, se oponian tenazmente á toda idea de reforma, queriendo mantener ileso el vetusto edificio de nuestra desacreditada enseñanza. Olavide fué objeto de encarnizadas persecuciones que al cabo le derribaron del puesto que con tanta gloria como provecho de la nacion ocupaba; y encausado por el Santo Oficio, murió abrumado de disgustos y desgracias.

Pero la hora les habia llegado á nuestras instituciones universitarias, y lo mas que ya podian hacer era resistir y prolongar algunos años su combatida existencia. Prosiguió el Gobierno en el camino de la reforma que acababa de inaugurar con la aprobacion del plan de Olavide; mas sea por

creer que aun no se estaba en época oportuna, sea por las dificultades que ofrecia la insuficiencia de los elementos de que le era dado disponer para conseguir cumplidamente su objeto; en vez de formar un plan único, y publicarlo de propia autoridad, prefirió contemporizar todavía, mandando que cada universidad propusiera al Consejo las variaciones que en concepto de los claustros deberían adoptarse para mejorar sus estudios, ó alguna parte de sus constituciones. He aqui el texto de la orden que al efecto se expidió en 28 de Noviembre de 1770. «El Consejo ha acordado que esa universidad, en el claustro pleno, y en el término preciso de cuarenta dias, forme y arregle, con la posible brevedad, y con separacion de facultades, un plan metódico para la enseñanza de ellas, *arreglándose á la mente del fundador*; pero sin detenerse escrupulosamente en las asignaturas prevenidas en las constituciones, que por ser antiguas, acaso serán menos útiles que las que hoy puedan establecerse; á cuyo efecto podrá suprimir ó variar el destino de algunas facultades que juzgue menos necesarias, ó erigir otras que estime mas precisas; pero teniendo presente las prevenciones siguientes, que han de servir de presupuesto á su plan.» Y seguian algunas reglas generales, indicándose en ellas la creacion de ciertas cátedras, como las de Filosofia moral, Lugares teológicos, Matemáticas elementales, y Física moderna ó experimental.

A esto se redujo la tan deseada reforma; y la prudencia ó debilidad del Gobierno, únicamente sirvió para engreir á los contrarios, empenándolos mas y mas en el tenáz propósito de oponerse á toda innovacion.

Al paso que cumplian las universidades con la orden del Consejo, y llegaban los informes pedidos, los fiscales, de comun acuerdo, presentaban su dictámen, haciendo en los proyectos importantes modificaciones que en realidad los trastornaban completamente; y en medio de aparentes diferencias, les imprimian, hasta donde era posible, un pensa-

miento comun y uniforme. Mas á pesar de esto, el hecho es que en el año de 1771 y siguientes, lo que hubo fué, no un plan general, sino varios planes particulares, en los que todavía logró prevalecer mas de lo conveniente el espíritu de los cláustros, si bien modificado por las ideas mas sanas que abrigaban las personas ilustres que tuvieron en este asunto la mayor y mas directa participacion ó influencia.

La forma de aquellos planes, acomodada á la que entonces usaba el Consejo en sus acuerdos, tiene la ventaja de hacernos ver cuáles eran las ideas que aun prevalecian en nuestros cuerpos literarios, y cuál la altura á que habian llegado sus conocimientos en las diversas facultades. Principian todos por insertar el dictámen de la universidad de que se trata; sigue la respuesta fiscal; y concluyen con la consulta de aquel supremo tribunal que da lugar á la aprobacion de S. M. y Real Cédula consiguiente. Puédesse, por lo tanto, conocer la opinion de cada cláustro, y la resistencia mas ó menos tenáz que opuso á las mudanzas que el espíritu de la época reclamaba.

Presentóse como la mas atrasada y resistente la primera universidad del reino, la de Salamanca. Los enemigos de la reforma creyeron sin duda que la gran nombradía de aquella primitiva escuela, su prestigio en la opinion pública, y el peso que su dictámen habia de arrojar en la balanza á favor de las antiguas ideas, seria bastante para arredrar á los partidarios de las nuevas, y les daría á ellos la victoria ante el Consejo cuyos individuos eran todos hijos del sistema establecido. Por esta razon, concentraron alli sus fuerzas, y consiguieron que los dictámenes de los cláustros salmanticenses fuesen, á excepcion del de Medicina, en sumo grado reaccionarios, opinando por la conservacion de los antiguos métodos casi en su integridad, y por la reprobacion de toda novedad importada del extranjero. Hé aquí cómo se explicaba el de la facultad de Artes, hablando de las enseñanzas filosóficas:

«Para la enseñanza de esta facultad no nos podemos apartar del sistema del Peripato. Lo primero, porque dejando aparte los filósofos antiguos, entre los que el que merece no pequeña estimacion es Platon, cuyos principios no se han adaptado bien con el comun sentir; y para el uso de la escuela, los de los modernos filósofos no son á propósito para conseguir los fines que se intentan por medio de este estudio: como v. g. los de Newton, que si bien disponen al sugeto para ser un perfecto matemático, nada enseñan para que sea un buen lógico y metafísico; los de Gassendo y Cartesio no simbolizan tanto con las verdades reveladas como los de Aristóteles. Lo segundo, porque aun cuando no tuviéramos este tropiezo, que él solo debia de bastar á excluir estos principios de las aulas católicas, hallamos que giran sus sistemas sobre principios voluntarios, de que deducen conclusiones tambien voluntarias, é impersuasibles. Y últimamente, porque no vemos en sus sistemas que se establezca método que descubra mayores utilidades y adelantamientos en las ciencias; y no siendo por este fin, nos parece excusado hacer é introducir una novedad como esta.»

Pasa luego el mismo cláustro á hacer la crítica de la lógica de Puerto-Real, de Heineccio, de Malebranche, de Cartesio (Descartes), de Hobbes, de Lochio (Locke), de Bacon de Verulamio, de Volfio (Wolf); excluye á Muschembroeck de la enseñanza de la física, porque su obra, *sobre ser muy larga, no se puede entender sin estudiar antes la geometria*; y fijase para autor de texto en el Goudin *por ser conciso y tener buen latin.*

Con mas violencia se explica todavia el cláustro de la facultad de derechos, diciendo: «Nos parece, señor, que con todas las universidades católicas, y particularmente con la nuestra, hablan aquellas palabras del Salmo 80: *Non erit in te Deus recens, neque adorabis Deum alienum.* Pues aunque en su literal sentido se dirigian al pueblo de Israel, no es violencia aplicarlas á nuestra gran madre. «Si has de agra-

dar (dice Dios á la universidad de Salamanca en que está el principio de las católicas) *non erit in te Deus recens*, no te me has de enamorar de algun númen flamante que pretenda acariciarte con la novedad. Yo soy tu Dios que te saqué del Egipto de muchas persecuciones, y vivo para siempre, y siempre con el cuidado de tu conservacion.»

«A esto alude (añade) la doctrina del Padre Posevino, donde descubre los disimulos, ardides, lazos y maniobras de que se vale el demonio para arruinar las universidades. Como con la doctrina que ellas propagan en todas facultades, se le frustran los mas fuertes empeños de su malignidad, á nada aspira con tanta vehemencia como á destruir estas oficinas de luz y teatros del desengaño. En la nuestra se han dejado admirar en todas edades luces de ciencias, y que han llenado de resplandores uno y otro mundo. Hoy tambien, por la misericordia de Dios, hay en nuestro claustro sugetos sapientísimos; pero ni nuestros antepasados quisieron ser legisladores literarios, introduciendo gusto mas exquisito en las ciencias, ni nosotros nos atrevemos á ser autores de nuevos métodos.»

Y mas adelante, esforzando su argumento, y dando al lenguaje mas virulencia, exclama: «Para abolir el método antiguo de las universidades, y establecer otro nuevo, debe evidenciarse la utilidad de la mutacion. La práctica de aquel ha sido capáz de producir hombres eminentísimos que han ilustrado con sus producciones el mundo todo. Y las que los Colones del buen gusto llaman economías literarias, son poderoso hechizo y roban toda la atencion á los que desean y logran unir las apariencias de científicos con las realidades de ociosos. Juzgan algunos críticos de estrado hallarse en posesion del Perú de la sabiduría con solo haber leído alguno de los modernos metodistas. Es cortísimo el tiempo que pueden consumir en su lectura, y á costa de tan ténue y deleitosa tarea, con intolerable avilantez censuran á todo el género humano, y adquieren brio y armas para derribar á los mas

insignes colosos de la literatura. Asi hablan , así muerden y destrozan; y todavía no hemos experimentado los daños que es capaz de producir esta nueva casta de gentes.»

Esto decia la primera universidad de España cuando apenas existia rincon alguno de Europa donde no hubieran penetrado la filosofia y el buen gusto; cuando no solamente Francia, Italia y Alemania, sino hasta la misma cabeza de la cristiandad, Roma, venciendo la preocupacion que condenaba ciertos sistemas y descubrimientos como contrarios á la religion, los habia adoptado ya en sus escuelas, y honraba á sus mas célebres profesores. ¡Funesta ceguedad de la ignorancia engreida con la presuncion de ser poseedora de la humana sabiduria! ¡Lastimosa pertinacia que asi creia desbaratar los planes de un rey esclarecido, de un Consejo donde ciertamente no existian grandes partidarios de los enciclopedistas, y de los personajes mas ilustrados del reino, que coadyuvando á las miras benéficas del monarca, elevaban su voz en favor de una reforma que, si algun defecto tuvo, fue el de ser harto tardía é incompleta. Pero el fanatismo en sus últimos apuros trataba de asustar y de arrojar la duda en las conciencias, pintando toda variacion en los estudios como un ataque á las creencias religiosas.

Con prudencia y moderacion contestó el fiscal á tan absurdas recriminaciones, manifestando no poderse conformar con lo que proponian los cláustros, cuyo objeto no era otro que conservar casi intactos los abusos que todos los hombres ilustrados reprobaban.

«Uno de los motivos, decia en su respuesta, mas conocidos de la decadencia de las universidades, es la antigüedad de su fundacion; porque no habiéndose reformado desde entonces el método de los estudios establecidos desde el principio, es preciso que padezcan las heces de aquellos antiguos siglos, que no pueden curarse sino con las luces é ilustracion que ha dado el tiempo, y los descubrimientos de los eminentes sugetos de todo el orbe literario..... Las mismas reformas

ha sido preciso hacer en las mas célebres universidades de fuera, y no por eso han padecido la menor mancilla en su lustre. Si es propiedad de los sábios mudar sus dictámenes, corrigiéndose por nuevas reflexiones, un congreso de tan grandes maestros como el que compone la primera universidad de estos reinos, ¿por qué ha de sentir variar su método en todo aquello que facilite y asegure la enseñanza?»

Asi el fiscal, al propio tiempo que hace alarde del mayor respeto hácia aquella antiquísima escuela, altera toda su propuesta, destruyendo el vicioso sistema de enseñar por materias y tratados sueltos, y procurando establecer, para cada facultad, un curso metódico, en que las diferentes partes de la ciencia, y sus doctrinas fundamentales, guarden entre sí el conveniente enlace.

Menos rebelde que la de Salamanca se presentó la universidad de Alcalá, la cual propuso mudanzas útiles, manifestando sus buenos deseos de mejorar la enseñanza. Sin duda entonces prevalecieron en ella los hombres mas ilustrados que encerraba su cláustro, y que por la gran proximidad de la Corte, vivian en relacion con los promovedores de tan importantes innovaciones. Pero las influencias hubieron luego de variar; pues aprobado por el Consejo el nuevo plan, y comunicado á la universidad, representó esta con falta de comedimiento contra muchas de sus disposiciones, y hasta oponiéndose á cosas que ella misma habia propuesto. No agradó al Consejo tan extraña conducta; y sin dejar de atender á justos reparos, mandó llevar á efecto lo acordado, señalando el preciso y perentorio término de ocho dias para ello, «con apercibimiento que de no hacerlo, procederia á ejecutarlo el mismo Consejo con el mayor rigor, enviando ministro togado que lo hiciera poner en plena observancia.»

Largo é inútil seria hablar individualmente de los demás planes de estudios, que por un lado demuestran la poca disposicion que generalmente habia en las universidades para admitir estas mudanzas; y por otro son una prueba de las

contemplaciones que todavía se guardaban con ellas. Algunas no se tomaron siquiera el trabajo de remitir su informe, siguiendo en su antiguo sistema; y otras lo retrasaron considerablemente, si bien esta tardanza redundó por fin en beneficio suyo; porque no verificándose la reforma sino cuando celosos patricios prevalecieron en la opinion de sus cláustros, los planes propuestos estuvieron mas en armonía con los buenos principios, y adoptaron ciertas mejoras cuyas felices consecuencias habian ya empezado á tocarse en otras partes. Asi les sucedió á las universidades de Granada y Valencia: aquella no presentó el suyo hasta el año de 1776; y esta lo retrasó hasta 1787, pero se consideró como el mas perfecto, y en realidad lo era.

Indudablemente, todos estos nuevos planes, aunque lejos de la perfeccion, mejoraron en gran manera la enseñanza. En ellos prevalecieron muchas ideas nuevas que apartándola de las antiguas rutinas, empezaron á darle una direccion enteramente nueva, y á presentarla bajo distinto aspecto. Descollaban más elevadas miras, más unidad en el pensamiento, más ensanche y ampliacion de doctrinas, más regularidad y armonía en los estudios de facultad, mejor eleccion en las obras de texto. Despojóse la filosofia de toda esa broza impertinente contra la cual habia Feijóo levantado bandera en sus obras, lamentándose de los malos métodos y del tiempo que se perdía en cuestiones inútiles; se restableció el estudio de las matemáticas, se prescribió el de la fisica experimental, y se mandó la formacion de gabinetes y de jardines botánicos; pero esta facultad quedó todavía encerrada en muy estrechos límites, y rebajada ante la jurisprudencia y la teología que conservaron su predominio. En medicina se amplió el estudio de la anatomía, dándose mas importancia á los teatros de diseccion, y adoptándose autores mas modernos en lugar de Galeno, Rasis y Avicena, únicos que desde antiguo se conocian. Hízose efectiva la asistencia á cátedra de los escolares que se habian acostumbra-

do á ganar curso sin concurrir á las aulas, estudiando en sus casas ó con maestros particulares. En fin, mejoróse en algo, aunque poco, la suerte de los profesores, reducidos á tan mezquinos salarios, que en todos los informes y proyectos se elevaban sentidas quejas sobre la estrechez en que vivían. Pero á vueltas de estas útiles reformas, nada se hizo para variar el régimen interior, ni el gobierno de las universidades que continuaron en la misma independencia que antes, y sujetas aun á sus particulares estatutos; de donde resultó que, conservando los claustros su antiguo poder, su maligno influjo, su mismo espíritu de resistencia, muchas de las buenas disposiciones que los nuevos planes contenían quedaron sin efecto, y la reforma en gran parte desvirtuada.

En prueba de ello, citaré lo que dice, hablando de estos mismos planes, el erudito Sempere que, como testigo contemporáneo, se hallaba en situación de apreciar su bondad y los resultados que dieron. He aquí sus palabras.

«Hasta estos últimos años no se habían puesto los verdaderos fundamentos de las ciencias y artes. Además de los vicios introducidos en su enseñanza, la prepotencia de ciertos cuerpos, reconcentrando en su seno el premio, había quitado el estímulo á la aplicación. Carlos III ha cortado ó disminuido este monopolio. Y entre otras útiles providencias, tomadas para fomentar las letras, ha mandado reformar los métodos de estudios en las universidades; á cuyo ejemplo lo han hecho también algunas religiones, seminarios y otros cuerpos. Sin esta diligencia hubieran sido infructuosas todas las demás: porque viciadas las fuentes de la enseñanza, siempre habían de ser falsas las ideas que en ellas se aprendían, ó el aprovechamiento corto.»

«Es verdad que la mayor parte de los planes de estudios publicados hasta ahora, adolecen todavía de muchos de los vicios radicados en las universidades; y que si no fuera por las correcciones que ha hecho en ellos el Consejo, á propuesta y con dictámen de sus fiscales, especialmente de los

Sres. Condes de Floridablanca y Campomanes, mas bien podrian citarse como instrumentos justificativos de nuestra ignorancia, que como pruebas del adelantamiento de las ciencias.»

«Tambien es cierto que, aun despues de las correcciones hechas por el Consejo, tienen algunos mucho que variar: aunque este supremo tribunal podia haberlos refundido, y darles mejor forma, ha tenido por mas conveniente oir á las mismas universidades, y acomódarse á sus propuestas, ó por la variedad de fundaciones, dotacion y otras circunstancias, que no son las mismas en todas; ó porque señalando autores enteramente nuevos, y desconocidos de los actuales maestros, se exponia á que fueran enteramente inútiles sus órdenes y disposiciones; porque nadie puede enseñar lo que no sabe ni ha estudiado. Mas con todo, la misma série de planes de estudios está manifestando los progresos de las luces, pudiéndose esperar con mucho fundamento, que conocidas las ventajas de los nuevos métodos respecto de los antiguos, las mismas universidades, que los han resistido, los mejorarán en adelante; ó que el Gobierno tome sus medidas para que la preocupacion y fanatismo no triunfen de su autoridad empleada tan justamente.»

Con efecto, las reformas decretadas, á pesar de esa resistencia que encontraban en los obstinados cláustros, fueron ganando terreno, aclimatándose y provocando otras nuevas, que desembarazando el terreno científico de la maleza que le cubria, lo preparaban para que al cabo pudiera erigirse en él un edificio de mas belleza y armoniosas proporciones. El tiempo estaba lejos todavía; pero se caminaba al fin deseado con creciente rapidez, porque las buenas ideas cundian por toda España para triunfar despues de reñidísimos combates.

La misma universidad de Salamanca que tan reaccionaria se mostró al principio de estas mudanzas, varió á tal punto de rumbo, que se puso al frente del movimiento, y

provocó nuevas reformas en el sentido mas ámplio y liberal, mejorando considerablemente sus estudios. En 1788, formó un plan de matemáticas y de filosofía que mereció la aprobación del Consejo, y que dando mayor impulso á las ciencias positivas, ponía la enseñanza más en consonancia con el espíritu europeo. La literatura francesa, á consecuencia del descrédito en que se hallaba la española por sus delirios en el siglo XVII, habia logrado hacer muchos prosélitos en Castilla; y si perjudicó sustituyendo á nuestro ardor poético el prosaismo que la distingue, comunicó nueva direccion y mas atrevido vuelo al pensamiento. Las doctrinas enciclopédicas, á pesar de los esfuerzos de la Inquisicion, penetraban por donde quiera, y á fines del siglo llegaron á dominar en los colegios de Salamanca, sobre todo el de filosofía, que se hizo famoso por el ardor con que promovía los buenos estudios literarios y científicos, y más aun por las persecuciones que la ignorancia y el fanatismo le suscitaron. Otras universidades, principalmente las de Alcalá, Valladolid, Valencia y Granada, se esforzaban tambien por seguir de mas ó menos cerca á la de Salamanca en sus progresos intelectuales; y asi mejoraba el espíritu de estas primeras escuelas, mientras las menores, mas supeditadas por los enemigos de la reforma, continuaban aferradas á los antiguos métodos. Conoció el Gobierno; y persuadido además de los perjuicios que acarrea el excesivo número de tales establecimientos, ya que no se atreviese á suprimirlos, quitó á muchos la facultad de enseñar ciertas materias y de conferir grados académicos (1). Estableció tambien, por Real cédula de 22 de Enero de 1786, reglas para uniformar en todas partes las matrículas, ejercicios y pruebas de curso; y por último, dispuso que no tuviesen ya validez académica los estudios hechos en los conventos de regulares.

Hasta en estos, sin embargo, penetraba el espíritu refor-

(1) Real pragmática de 24 de Enero de 1770.

mador. Es notable la carta dirigida por Fray Gregorio de San Joaquin, general de los Carmelitas descalzos, á sus hermanos, comunicándoles un nuevo plan de estudios que, por disposicion del Rey, habia formado el Nuncio para la órden.

«Considerando yo, dice, las tristes consecuencias de la ignorancia y de las malas enseñanzas, que son mas dañosas que la ignorancia misma, luego que entré en el ministerio que ejerzo, propuse en mi ánimo mejorar la enseñanza en cuanto pudiese, y desterrar de ella todo abuso de doctrina que se hallase introducido en nuestros cláustros..... Esperaba que mis súbditos llegarían á conocer el poco aprovechamiento del método de estudios que por largos años hemos seguido..... Y como la verdad es que en esta parte nos habiamos desviado bastante de nuestras constituciones, llevados del torrente de sutilezas y doctrinas relajadas que inundaron la teología y la moral en el siglo pasado, ha juzgado necesario (el Nuncio) formar un nuevo plan de estudios arreglado á dichas constituciones.» Y despues de insertar este plan, añade entre otras cosas: «En el siglo pasado, ó por la inconstancia general de los hombres, ó por el demasiado ardor de las escuelas en sostener sus partidos, la verdadera ciencia é ilustracion fué ofuscada y confundida de tal modo, que los estudios generalmente se contaminaron, y nosotros contrajimos el mismo achaque de que adolecian las universidades. Mas cuando estas han comenzado á cortar los fatales progresos de un cansado estudio, que al fin pára en las disputas de voces que reprende San Pablo, ó en novedades peligrosas fundadas en vanas falacias, seria un yerro manifesto que nuestra reforma no evitase estos escollos, tomando otro rumbo, recurriendo á las fuentes puras, y formando un justo criterio entre lo que llaman ingenioso y lo que es sólido y verdadero.» Finalmente, refiriéndose á los libros que señalaba el Nuncio para textos, previene que, aunque se adopten, los que lleguen á la clase de maestros no han de contentarse con su lectura sola; «porque, dice, los lectores deben

extender sus conocimientos leyendo otros filósofos acreditados, meditando sobre ellos, y comparando unas noticias con otras.» Y en seguida señala para estos estudios á Platon, Aristóteles, Ciceron, Séneca y Plutarco entre los antiguos; y entre los modernos, á Vives, Bacon de Verulamio, Gassendi, Cartesio, Newton, Leibnitz, Wolf, Locke, Condillac y otros, haciendo de ellos grandes elogios, aunque recomendando la precaucion para evitar los errores en que algunos han incurrido.

Mas explicito es todavía Fr. Manuel Maria Trujillo, en su plan de estudios para la provincia de observantes Franciscos de Granada, precedido de una demostracion sobre la ruina de la literatura en su orden y medios mas oportunos para su reparo. En este escrito patentiza los daños que se han originado de la ciega adhesion á las doctrinas de Aristóteles, y exhorta al eclecticismo.» Padres amantísimos, exclama, ¿en qué nos detenemos? Rompamos estas prisiones que miserablemente nos han ligado al peripato. Sacudamos la general preocupacion que nos inspiraron nuestros maestros. Sepamos que mientras viviéremos en esta triste esclavitud, hallaremos mil obstáculos para el progreso de las ciencias.» Responde luego á los argumentos contra la libertad de filosofar, y prueba la necesidad de la filosofía moderna para la teología: «porque siendo uno de los objetos mas principales de esta ciencia el combatir á los que con sofismas intentan destruir nuestra sagrada religion, y entrando en su número muchos sectarios de los sistemas modernos, que sacan de ellos las mas de sus pruebas, es preciso estar instruido á fondo en las mismas para refutarlos; como en otro tiempo, para refutar á los hereges, adoptaron los Santos padres los sistemas sobre que aquellos fundaban sus argumentos, y principalmente el peripatético.»

Merecerian citarse igualmente las palabras de Fr. Alonso Cano, Obispo que llegó á ser de Segorve, en su *Método de estudios monásticos para la orden de Trinitarios*; pero las

omito en gracia de la brevedad, y porque en otra ocasion tendré que aludir á este ilustre prelado.

¿Producian estos planes y exhortaciones el efecto que sus autores se proponian? No: el mal estaba muy arraigado y solo hallaron resistencia. A muchos, no obstante, aprovechaban tan útiles consejos; y sobre todo, la mayor ventaja que de ellos se sacaba era el desengaño producido en gran número de seglares que, al ver proclamadas las nuevas ideas por religiosos de tanto prestigio, se despojaban de sus preocupaciones, y abrazaban con gusto lo que de otra suerte les hubiera solo parecido digno de reprobacion y anatema.

Pero no cedian sus enemigos, poniendo en juego cuantos medios estaban á su alcance para retardar su triunfo y perpetuar los abusos de las universidades. Hallaban estos abusos ardientes adalides en los colegios mayores, porque á su sombra habian llegado á estar vinculados en sus alumnos, no solamente las cátedras y dignidades académicas, sino tambien todós los altos puestos de la Iglesia y del Estado. Preciso fué, por lo tanto, atajar este mal; romper este obstáculo perenne á los proyectos de mejora que meditaba el Gobierno; y una lucha de siete años trajo por término la reforma de aquellos establecimientos, cuya fundacion habia sido utilísima, produciendo sábios y eminentísimos varones; pero que olvidados de sus primitivos estatutos, constituian un odioso monopolio, una sentina de vicios, y una rémora continua contra los progresos literarios.

Entretanto publicábanse ó hacíanse correr subrepticamente papeles contrarios á las regalías de la corona; y en las universidades se celebraban actos académicos con el mismo objeto, á fin de desacreditar al Gobierno, paralizar sus reformas, y perpetuar el predominio de las ideas ultramontanas. Llamaron particularmente la atencion ciertas conclusiones sostenidas en la universidad de Valladolid por el bachiller D. Miguel Ochoa sobre este tema: *De clericorum exemptione á temporalis servitio et sæculari jurisdictione.*

Divididas en seis tésis, eran opuestas á otras que sustentó el Doctor D. José de Torres, favorables á la autoridad real, y cuya impresion prohibieron los decanos, mientras procuraban que aquellas circularan profusamente. Preciso fué recojer á mano real varias cartas y representaciones impresas sin licencia, y esparcidas por el presbítero D. Francisco de Alba, contrarias á las prerogativas de la corona; y por otra parte, tuvo el Gobierno que interponer su autoridad para impedir se prohibiese otro papel en que se combatia la doctrina del regicidio que tambien solia ser asunto de los actos universitarios. Todos estos desmanes dieron márgen á sérias providencias, en virtud de las cuales se mandó que á los juramentos de costumbre al tiempo de recibir los grados académicos, se añadiesen otros dos dirigidos á que en las universidades no se permitiese enseñar, ni defender, directa ni indirectamente, la doctrina del regicidio y tiranicidio, ni se tratase de cuestiones contra la autoridad real ni sus regalías; y á fin de que estas prevenciones no quedaran sin cumplir, establecióse en cada escuela un censor régio para examinar todas las conclusiones que se hubiesen de sustentar en ella. Por el mismo tiempo se expidió otra orden mandando que ninguna universidad, colegio mayor ó menor, secular ó regular, acudiese á la curia romana á solicitar dispensacion de sus constituciones, sin noticia y expreso consentimiento del Consejo.

Todo esto patentiza la lucha que ya empezaba á encenderse entre los dos bandos que más tarde habian de dividir á España hasta llegar á ventilar sus diferencias en los campos de batalla. Los amigos de las reformas y los partidarios del obscurantismo ensayaban sus fuerzas, y preludiaban á sus futuras y encarnizadas contiendas, con cuestiones en que todavía no se declaraban sus verdaderos intentos, y tal vez sin que se diesen á sí propios cuenta de ellos, procediendo por instinto mas bien que deliberadamente. Los unos tomaban por pretexto las mejoras que evidentemente necesitaba España en todos

los ramos de la administracion; los otros pretendian ser sostenedores de nuestros antiguos usos y costumbres, de las instituciones arraigadas con tantos siglos de existencia, y de la religion amenazada por el filosofismo. La cuestion de las regalías fué el campo de batalla que principalmente eligieron entonces; cuestion que ocultaba en realidad la cuestion politica, la cuestion de organizacion social. Sujeto el Estado durante tantos años á la omnipotencia clerical, el primer paso para las reformas era el libertarlo de estas ligaduras; y el Estado era entonces el Monarca, y cuanto era favorable á la libertad del Monarca lo era tambien á la del Estado. Bien conocian unos y otros que en esto estribaba la clave de todo el edificio; y por lo mismo, el ataque y la defensa eran proporcionados á la importancia del objeto; porque detrás de este objeto se ocultaban otras cuestiones de no menor trascendencia, y que necesariamente se habian de acometer, una vez rota aquella primera valla.

Merced á la proteccion del Gobierno, llevaban los reformistas lo mejor de la batalla, cuando se oyó rugir á nuestras puertas la revolucion francesa, infundiendo nuevos temores y alarmas.

El Gobierno mismo se estremeció, recelando haber ido demasiado lejos, y la enseñanza hubo de resentirse de ello. Suprimieronse todos los periódicos, quedando solo el *Diario de Madrid de pérdidas y hallazgos*; multiplicáronse las prohibiciones de libros de toda clase, llegando á serlo hasta el *Diario de física de Paris*; y por último se cerraron las cátedras de derecho público, natural y de gentes, que pocos años antes se habian creado en las universidades y otras escuelas: todo anunciaba, en fin, una conducta reaccionaria. He aqui lo que á propósito de esto, dice el Príncipe de la Paz en sus memorias.

«El ministro Moñino, que ayudado de muchos, trabajó en favor de ellas (de las luces) en los dias serenos, las trató como enemigo cuando llegó á juzgarlas peligrosas y culpa-

bles. La carrera de las reformas, emprendida medio siglo había, con próspera fortuna, hizo larga parada, y aun retrocedió muchos pasos. Se cohibió la imprenta con rigor extremado; el Gobierno adoptó un silencio temeroso, y este mismo silencio fué impuesto á todo el reino. Todos los diarios, aun aquellos que se ocupaban solamente de asuntos de letras ó de artes, desde el año 1791, fueron suprimidos en la corte y en todas las provincias. La Gaceta hablaba menos de los sucesos de la Francia que podria haberse hablado de la China. Ni paró en esto solo, porque acrecidos los temores del Gobierno, todos los directores de las sociedades patrióticas recibieron órdenes secretas de aflojar las tareas y de evitar las discusiones en asuntos de economía política; las universidades y colegios, de ceñir la enseñanza á los renglones mas precisos; los gefes de provincia, de disolver toda academia voluntaria y de celar estrechamente las antiguas que existiesen bajo el amparo de las leyes. Tal pareció España entonces por dos años largos, como un cláustro de rigida observancia. Todo, hasta el celo mismo y el amor de la patria, era temido por la Corte.»

Si se atiende al carácter adusto y sombrío que tomó el Conde de Floridablanca en los últimos años de su vida, á la tenáz resistencia que opuso á las ideas liberales cuando fué presidente de la Junta central, es de creer que hay cierta exactitud en la anterior pintura, si bien el autor pudo recargar el cuadro para que formara contraste con el que á continuacion presenta hablando de lo que sucedió en los años de su primer ministerio.

«La lealtad española, dice, tan altamente pronunciada cuando estalló la guerra con Francia, me ayudó á disipar aquella niebla. Paso á paso, sin hacer yo alarde de ningún cambio de política, levanté el entredicho que sufrían las luces. Lejos de oprimir la enseñanza, procuré darle ensanche; lejos de impedir las reuniones que mantenian el patriotismo y ejercitaban los talentos en comun provecho, las volví á la

vida y les di estímulo; lejos de temer los libros y la imprenta, les dejé todo el campo que permitian las leyes y que era dable en aquel tiempo. Yo logré en aquellos años ver abrirse las puertas á los buenos estudios en los mismos cuerpos que años antes les oponian barreras invencibles al Gobierno mismo. El plan de estudios del Consejo de Castilla, resistido largo tiempo con fiereza por el viejo peripalato, recibió una acogida favorable en todas partes: las universidades y colegios dieron en fin entrada á las sólidas enseñanzas, y empezaron un nuevo siglo. ¿Son fábulas las que yo cuento? ¿Es un invento mio esta mejora que recibieron los estudios públicos? Los programas, las tesis, los cuadernos de conclusiones y certámenes de aquel tiempo, olvidados tal vez hoy dia y cubiertos de polvo en nuestras bibliotecas, darán fé de lo que digo. El ministerio de mi cargo se vió lleno de estas muestras del vuelo casi repentino que tomaron las ideas por la mejora de los estudios.»

Debe recelarse alguna exageracion en las palabras de una persona que, al cabo de muchos años de silencio, trata al fin de vindicarse ante la opinion pública contra las acusaciones y aun calumnias que á manos llenas han derramado sobre ella sus enemigos; pero, si se examinan los hechos con imparcialidad, no deja aquella vanagloria de tener algun fundamento. A otros corresponde examinar y apreciar los actos políticos del célebre valido; pero el historiador de la Instruccion pública en España, no podrá menos de considerarle como uno de los hombres que mas han hecho en este pais por derramar en él los conocimientos útiles.

«No hablaré, dice, de la variedad de institutos especiales para cultivo de las letras y las artes, por ser tantos los que en aquella época fueron vistos nacer y prosperar por todas partes en el reino. De estos erigió los unos el Gobierno donde quiera que el servicio de las armas, la navegacion, el comercio ó la industria reclamaban con mayor urgencia luces y operarios; otros fueron la obra de las sociedades econó-

micas ; otros los abrió el celo de individuos particulares, y la saludable emulacion que se movió en los pueblos de adquirirse y fomentar aquellos ramos de cultura que, al comun provecho, añadian la noble honrilla de no ser menos que los otros.»

En testimonio de esta verdad, pueden citarse las muchas escuelas primarias que se crearon en su tiempo; el Instituto pestalozziano; las enseñanzas de matemáticas, comercio y economía política que se erigieron en las principales poblaciones del reino; la reforma de los colegios de cirujía de Madrid, Barcelona y Cádiz, y la creacion de los de Santiago y Burgos, con las clínicas para el estudio práctico, y las cátedras de física, química y botánica aplicadas á la medicina; la Escuela de Veterinaria; la de Ingenieros cosmógrafos de Estado; la de Ingenieros de caminos y canales; la de Caballeros pajes; el Colegio de Sordo-mudos; la enseñanza de la taquigrafía; la escuela y taller de instrumentos astronómicos y físicos; los establecimientos de igual clase para el arte de torñar y para la maquinaria, la relojería, el papel pintado, el grabado en piedra y otras varias industrias, costeados ó protegidos por el Gobierno; el Real Gabinete de instrumentos y máquinas del Buen Retiro; el Jardin de aclimatacion de San Lucar de Barrameda, y las enseñanzas de agricultura que empezaron á plantearse; la proteccion concedida á la Real Academia de Nobles artes, y los muchos trabajos en pintura, arquitectura y grabado mandados ejecutar; las expediciones marítimas para objetos científicos, y la publicacion de sus resultados; la de Malespina al rededor del mundo; la de Balmis para la propagacion de la vacuna; las enviadas al Nuevo-mundo para diferentes objetos de historia natural; los viajes por el reino para adquisicion de noticias, documentos y antigüedades; la publicacion del viaje pintoresco por España; la de infinidad de obras sobre todas las facultades, ciencias y artes, unas traducidas y otras originales; el envio al extranjero de numerosos pensionados

para traer á la Península todos los conocimientos útiles ; y finalmente , los premios , estímulos y proteccion concedidos á los escritores y á cuantas personas sobresalian en letras , ciencias y artes . Estas fueron muchas , gozando las mas de justa celebridad ; y aunque casi todas empezaron á formarse en el reinado anterior , alcanzaron su mayor gloria durante el de Cárlos IV , dejando una nueva generacion que , al estallar la guerra de la independenciam , prometia ya las mas brillantes esperanzas . El porvenir de España se mostraba lisonjero en el campo de la civilizacion y de la cultura , cuando tristes acontecimientos vinieron á interrumpir la marcha emprendida , y retrasar por muchos años el feliz término á que tantos esfuerzos aspiraban .

Esos esfuerzos , no obstante , solo tenian verdadera influencia fuera del recinto de las universidades , que todavia , á pesar de los nuevos planes y de las mejoras tan laboriosamente verificadas en ellas , rechazaban una reforma radical y profunda , para cooperar , de consumo con las demás escuelas últimamente creadas , á la transformacion intelectual del pueblo español , que si en ciertas clases y alturas dejaba ya poco que desear , se hallaba en lo general muy distante de ser lo que á la prosperidad pública convenia . Eran transcurridos muchos años desde que el Príncipe de la Paz gozaba del alto poder que tuvo tan desastroso fin , y hallábase ya este fin muy cercano , sin que el sistema general de enseñanza hubiera sufrido variacion alguna , á pesar de sus numerosas creaciones literarias y científicas , y del celo que mostraba en favor de los buenos estudios . De esta falta procura sincerarse manifestando que en su primer ministerio pensó sériamente en la tan necesaria reforma de las universidades ; y he aqui cómo á este propósito se explica .

«Deseoso de hacer llenar y cumplir lo que faltaba , erigió una Junta especial que trabajase un nuevo plan en armonía con las mejores enseñanzas de la Europa , para lo cual se pidieron largos informes á los literatos que viajaban por

cuenta del Gobierno, y en España á los que gozaban de mas reputacion en el conocimiento y en el gusto de los estudios útiles y fructuosos. Jovellanos y Saavedra fueron de este número. A las principales universidades del Reino se les pidieron tambien observaciones é informes; y esto se ejecutó con tal arte, que las mas de ellas correspondieron plenamente á los designios del Gobierno. Entre los miembros encargados de formar el nuevo plan de estudios se encontraban D. Juan Melon, D. Bernabé Portillo, D. Marcos Marni, y creo tambien D. Juan Bautista Virio. Los trabajos estaban grandemente adelantados cuando dejé el ministerio. Yo legué especialmente este negocio al ministro Jovellanos.»

¿Cómo, pues, quedó perdido este trabajo? Sin duda el sábio autor de la ley agraria, y de tantos excelentes escritos sobre la instruccion pública, en cuyos progresos tomó siempre el mayor interés, hubiera llevado á efecto la reforma, si continuára en el ministerio. Mas «suplantado, dice el Príncipe, por Caballero, recogió este aquel trabajo y le hizo noche.» Caballero, á quien todos pintan como enemigo de las luces, y de cuya secretaria dependian las universidades, retardó muchos años el nuevo plan de estudios, oponiéndose constantemente á los proyectos del privado, el cual, si se le ha de creer, quedó muy sorprendido y mortificado, cuando, sin tener la menor noticia, y sin esperarlo nadie, aquel ministro publicó una improvisada reforma.

Cuéntase á este propósito que en medio de la resistencia de Caballero á variar el sistema de enseñanza, los catedráticos de la universidad de Salamanca, de quienes era condiscípulo y amigo, le instaron porfiadamente para que accediese al general deseo, poniendo los estudios mas en consonancia con los portentosos adelantos que las ciencias habian hecho en Europa; y que cansado, no pudiendo ya resistir, les dijo: «Haced lo mejor sin comprometerme»; siendo el plan publicado en 12 de Julio de 1807 lo mejor que de él pudo lograrse. Este plan descubre efectivamente

su origen; pues se reduce á adoptar para todas las universidades que se dejaban subsistentes, con sujecion á ciertas reglas generales, las bases propuestas y aprobadas para la de Salamanca.

Un célebre escritor de nuestros dias, el Conde de Toreno, en su historia del levantamiento y guerra de España contra Napoleon, cita por dos veces este plan, como cargo contra su autor y el Príncipe de la Paz, suponiendo que con él quiso Caballero contener el vuelo al pensamiento, y establecer un sistema de opresion en los estudios. No puedo estar de acuerdo en esto con el noble Conde. Ciertamente, no era aquel ministro el mas á propósito para dar á la instruccion el sesgo conveniente; pero, acaso contra su voluntad, el plan de 1807, por las materias que añadia á la enseñanza, como el derecho público y la economía política; por la mayor importancia que concedió á las ciencias físicas y naturales; por el orden que estableció en el estudio de las facultades; por su regularidad, y por muchas disposiciones que contenia sobre grados y otros puntos interesantes, era muy superior á cuantos hasta entonces se habian publicado, teniendo tambien la ventaja de ser general para todo el reino, y de acabar con la anarquía que, segun he dicho repetidas veces, era uno de los principales vicios de nuestros antiguos sistemas. Cierto es que esta uniformidad solo se extendió á los estudios y actos académicos, dejándose todavía los establecimientos en su anterior independencia; pero aquello era ya un gran paso, y se hacia bastante con regularizar la enseñanza, estableciendo para ella métodos mucho mas perfectos, al propio tiempo que se daba el último golpe al imperio del escolasticismo. Además, el mismo plan reducía las universidades á la mitad de las que antes existian; y conforme en esto con la opinion de las personas ilustradas, hacia desaparecer muchas malas escuelas cuya existencia era un desdoro para España, quedando solo las mas útiles y acreditadas.

Pero sea cual fuere el concepto que merezca el plan del Marqués Caballero, tuvo poca influencia en los estudios; pues no bien se habia publicado, cuando sonó la hora del combate para la nacion entera en defensa de su Rey y de su independencia; principiando á la par la era de las revoluciones que dura todavía al cabo de cincuenta años, y no cesará hasta que se complete nuestra regeneracion, asi en el orden intelectual, como en la esfera de la política.